BOLSILIBROS BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

LA HUELLA

Lou Carrigan

JUGUETES ROTOS




COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

JUGUETES ROTOS

Colección LA HUELLA n.° 7
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2
Depósito legal: B 31147-1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: septiembre, 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

El tercer ataúd vacío ya no fue una sorpresa.

El primero, sí, ciertamente, lo había sido. A fin de cuentas, cuando a un hombre se le ejecuta, se certifica su defunción, y luego se le mete en un ataúd y se le entierra, lo lógico es que se quede quietecito para siempre en su ataúd…

Pues bien. En aquella ocasión, la lógica había fallado.

Naturalmente en presencia de las autoridades competentes al caso, se había procedido a la exhumación, con un fracaso total en cuanto a echar un vistazo a los cadáveres.

Primero habían sacado el ataúd que debía contener los restos de Zeeman, pero que no contenía nada.

Sorpresa tremenda. Estupefacción. Incredulidad.

Luego habían sacado el ataúd que debía contener los restos de Hobson. La reacción de los presentes fue ya sólo de estupefacción.

Cuando fue abierto el ataúd de Durhing, a todos les pareció lo más natural del mundo que también el buen Durhing, como sus amigos, hubiese decidido abandonar su ataúd para darse un paseo, y arreglar algunas cuentecillas que habían dejado pendientes cuando fueron ejecutados.

—No puede ser —dijo el joven juez Doppler.

Con esta tonta frase, que no correspondía en modo alguno a su inteligencia, y sobre todo a la realidad de que sí podía ser, puesto que los cadáveres de Zeeman, Hobson y Durhing habían desaparecido, el juez Doppler consiguió reunir sobre si toda una gama de miradas: desde la muy amable y reposada del veterano doctor Ritten a la ligeramente guasona de Nat Mac Leod. También estaban allí, junto a la última tumba, el teniente del Pólice Department Robert Mac Leod, padre de Nat; el capitán de ese

mismo departamento, Wallace Whartok; y el detective Lamb, que era el que seguía al joven juez Doppler en estupefacción.

—¿Qué hora es, señor juez? —preguntó afablemente Robert Mac Leod.

—Las seis y media —dijo Doppler, tras consultar su reloj.

—No puede ser —replicó Mac Leod.

El juez Doppler abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir. Luego, miró su reloj. Eran las seis y media, sin duda alguna. Por lo tanto, la observación del teniente Mac Leod era de lo más tonta… Finalmente, Doppler enrojeció un poco, apretó los labios, y de ese modo se aseguró de que él no volvería a decir tonterías.

—De acuerdo —dijo el capitán Whartok—. Encárguese usted de todo esto, doctor Ritten. Salgamos de aquí, Bob.

Robert Mac Leod asintió con un gesto, y se emparejó con su jefe y amigo, caminando hacia la salida del cementerio. Nat Mac Leod y el detective Lamb se fueron con ellos, dejando junto a la última tumba al juez y al médico forense. Durante unos segundos, se mantuvieron en silencio, acercándose a la salida del Woodland Park Cemetery, en South West Miami. Un hermoso cementerio rodeado de parque… Pero que al parecer no había sido del agrado de Zeeman, Hobson y Durhing.

—Naturalmente —dijo de pronto Whartok—, es absurdo.

Robert Mac Leod le dirigió una mirada de reojo.

—Por supuesto —admitió—. Sin embargo, no es menos cierto que el juez Harrow y el fiscal Langston han sido asesinados en menos de setenta y dos horas…, y que en ambas ocasiones, hemos encontrado huellas de esos tres hombres en el lugar de los hechos.

—Vamos, Bob —refunfuñó Whartok—; los muertos no pueden matar a nadie.

—Ésa es una frase digna de ser esculpida en piedra —intervino Nat Mac Leod, que caminaba junto a su padre.

—Supongo que yo también he dicho una tontería —admitió de mala gana Whartok.

Pero todo el asunto en sí es una tontería. Primero, esos tres tipos son condenados a muerte por un jurado legal… En fin, todo eso. Son ejecutados y enterrados. Y poco después, el juez que presidió el juicio es asesinado. Le sigue muy pronto el fiscal. Y las dos veces, hallamos huellas digitales de los tres hombres condenados a muerte.

Si fuésemos unos ignorantes supersticiosos, podríamos pensar que los muertos han vuelto para vengarse.

—Yo no soy supersticioso —aseguró Robert Mac Leod, casi secamente.

—Yo tampoco, papá, de veras —alzó una mano Nat.

—Lo evidente —siguió murmurando Whartok, como para sí— es que tres asesinos que fueron ejecutados han dejado huellas en otros dos asesinatos. Y sea o no sea una venganza de ultratumba, habrá que investigar. ¿Quieres encargarte personalmente de esto, Bob?

—Naturalmente… —se sorprendió Mac Leod—. ¿Por qué no?

—Bien… Fuiste tú quien detuvo a Zeeman, Hobson y Durhing, ¿no es así? Y estoy pensando que si se trata de una venganza, quizá tú estés en la lista. A lo mejor, sería una buena idea que te fueses durante una temporada con tu hijo, a vender juguetes por ahí.

Creo que ha de ser interesante.

—¿Se está pitorreando? —Frunció el ceño Pat.

Wallace Whartok se detuvo en seco, encarándose al hijo de su subordinado y amigo.

—No, Nat. No me estoy pitorreando. Y quisiera que entendieses bien esto: si es una venganza, morirán más personas. Es lo lógico. Y pienso…

—A mí no me asustan unas truculencias más o menos —dijo Robert Mac Leod.

—Nadie ha dicho que estés asustado… —replicó Whartok—. Pero sabes muy bien que al más listo y valiente pueden matarle media docena de balas por la espalda, Bob. Tengo otros hombres que podrían encargarse de este caso…

—Lo quiero yo. Y tengo derecho a él.

—No discuto tus derechos, maldita sea… Estoy tratando de decir que…

—Mira, Wallace, mi hijo no ha podido ser policía, y se dedica a viajar por el país vendiendo juguetes. Me parece muy bien, ya que todo hombre puede hacer lo que le plazca. Yo quise ser policía, soy policía, y seguiré siendo policía. De modo que olvida eso de que yo me vaya con mi hijo a vender juguetes por ahí. Pienso seguir en esto hasta el final, ¿me entiendes bien? Caiga quien caiga, yo seguiré en esto hasta el final. Eso es todo.

—Muy bien —se resignó Whartok—: el caso es tuyo de lleno

ahora. Dedícate exclusivamente a eso, ya que es tu gusto. ¿Tienes idea de por dónde vas a empezar?

—Reflexionaré sobre ello.

—Entiendo que Zeeman, Hobson y Durhing tenían parientes. Quizá sería buena idea empezar por ellos… Es sólo una sugerencia.

—Se agradece —mascculló Mac Leod.

—Yo también quisiera hacer una sugerencia —dijo Nat.

—¿De veras? —Los dos policías le miraron interesados—. ¿Qué clase de sugerencia, muchacho?

—Seguir caminando para salir del cementerio.

—Sugerencia aceptada —casi rió Whartok—. ¿Vas a estar muchos días en Miami, Nat?

—No lo sé. Depende de cómo vayan las ventas.

—Entiendo. Apuesto a que te lo pasas muy divertido por ahí, siempre viajando.

—No crea… A veces, me parece un poco pesado y aburrido. Hasta el punto de que he llegado a pensar que podría emplearme en la policía, y así estaría…

—¿De qué estás hablando? —Respingó Robert Mac Leod—. ¿Por qué tienes que cambiar de profesión a tus años, Nat?

—Caramba, no soy tan viejo… Sólo tengo veintisiete años, y no me parece una edad como para quedarse sentado siempre en la misma silla. Además, la vida de policía es más emocionante que…

—¿Qué tiene de malo vender juguetes? —Gruñó Mac Leod.

—Pues nada, pero…

—Me parece que hay novedades —dijo de pronto el capitán Whartok, señalando hacia delante.

Acababan de salir del cementerio, donde les esperaba un coche del Departamento, y, justo entonces, llegaba otro coche, también del Pólice Department. Se detuvo detrás del primer, y en el acto, la muñequita se apeó.

Una auténtica muñequita, de ojos azules, cabellos rubios y boquita sonrosada, que dejó turulato a Nathaniel Mac Leod. Todavía no se había recuperado del pasmo cuando la muchacha se detenía delante de los tres, mirando fijamente al capitán Whartok, tras contemplar un instante con gesto atónito al apuesto vendedor de juguetes.

—Jay Parkman, señor —dijo por todo saludo.

—¿Jay Parkman? —se desconcertó un instante Whartok— ¿y eso qué…? Un momento.

¿No se llama así el presidente del jurado que condenó a muerte a Zeeman, Hobson y Durhing?

—Se llamaba —murmuró la muchacha.

—¿Qué ha pasado? —intervino Robert Mac Leod.

—Ha sido hallado muerto, teniente. Cerca de la estación del ferrocarril…, y parece, por su estado, que un tren le haya pasado por encima. He pensado que la noticia valía la pena de darla personalmente.

—Dios… —musitó Whartok—. ¡Otro de la lista!

—Sólo que esta vez no creo que encontremos huellas —dijo Mac Leod—. Y quizá se trata de un simple accidente. ¿Han llevado el cadáver a la Morgue, Grace?

—Sí, claro.

—Bien. Iremos a echarle un vistazo. Y desde luego, enviaremos un equipo de Huellas al lugar del accidente… o lo que sea. No me sorprendería que de un modo u otro encontrasen huellas de Zeeman y los otros dos. Nada se pierde probando. Y si encontramos… Oh, bien… ¿Conocías a mi hijo, Grace?

—No, señor —sonrió la muchacha.

—Pues ya lo conoces. Nat, ella es Grace Kenyon, agente detective a mis órdenes.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Nat—. ¿Ella es policía?

—Claro.

—¿Y si ella es policía, por qué no puedo serlo yo? Hola, agente detective Kenyon. ¿Qué tal? —Tendió la mano.

—Bien —sonrió de nuevo Grace—. ¿Y usted?

—Un poco mosqueado. ¿Le gustaría comprar un tren eléctrico, precioso en verdad?

—¿Para qué quiero un tren eléctrico? —se sorprendió la muchacha.

—Para sus hijos, por ejemplo.

—Soy soltera.

—Ah. Formidable. ¿Y para sus sobrinos?

—No tengo sobrinos. ¿Vende usted trenes eléctricos?

—Pues…

—Será mejor que se cuenten sus vidas en otro momento —dijo

Whartok, amablemente—. Creo que deberíamos ir a la Morgue.

—Por supuesto… —Apoyó Mac Leod—. Puedes ir a esperarme en casa, Nat.

—¿A pie?

—Toma un taxi.

—¿Y no podría llevarme la agente detective Kenyon?

—Ella tiene que ir a la Morgue.

—Shí es donde quiero ir yo.

—¿Para qué? —Frunció el ceño Mac Leod.

—Para ver a ese Jay Parkman.

—¿Con qué objeto?

—Hombre, papá, esto parece un interrogatorio de tercer grado… ¿Es que ni siquiera vas a permitir que vea un muerto?

—Haz lo que te dé la gana —farfulló Mac Leod.

Se metió en el coche que los aguardaba, con Whartok y Lamb.

—Bueno —sonrió Nat—, ¿me lleva usted, agente detective Kenyon?

—Tengo la impresión de que si le llevo, su padre se molestará conmigo. Perderé su simpatía.

—Pero ganará la mía, que es más nueva. Por otro lado, mi padre ha dicho que haga lo que me dé la gana, ¿no? Pues eso es lo que me da la gana: ir a la Morgue.

—Convencida —alzó una mano Grace—. Es usted muy persuasivo, señor Mac Leod.

—Como todo buen vendedor. Vendo muñecas… —Alzó las manos y añadió—: No me refiero a éstas, claro, sino a muñecas para jugar a familias bien avenidas. Tengo una sensacional —abrió la puerta del coche, Grace pasó al asiento de atrás, y él se sentó a su lado—. La llamamos Loving. Es un encanto. No sólo dice papá y mamá, sino que conversa sobre cualquier tema.

—¿De veras? —se asombró Grace.

—Sí, sí… Además, camina, silba, canta, se sienta y si algo no le gusta, llora. Solo tiene un defecto.

—¿Cuál?

—Pues que como todo eso lo hace a base de mecanismos y grabaciones que lleva en su barriguita, resulta que quien quiera jugar con Loving tiene que aprenderse todo su programa. Y entonces, nos hemos hecho una pregunta: ¿quién juega con quién?

¿Las niñas con Loving, o Loving con las niñas?

—Me parece que estoy desconcertada… —dijo Grace—. ¿Qué más vende usted?

—Toda clase de juguetes. Oiga, se me está ocurriendo una idea fenomenal, agente detective Kenyon: ¿qué le parecería si mi empresa lanzase al mercado una muñeca policía tan linda como usted, con cabellos rubios y ojitos azules y la llamásemos agente Kenyon?

¡Se venderían por cientos de miles!

—¿Usted cree? ¿Quién las iba a comprar?

—Los niños de veinte a cincuenta años.

—¡Permiso denegado! —rió Grace Kenyon.

—Vaya… No es usted muy amable, ¿sabe? ¡Para una vez que tengo una buena idea!

—Lo siento de veras.

—Podríamos hacer que agente Kenyon hablase, desde luego… Eso quedaría muy bien.

—¿Y qué diría la agente Kenyon?

—Mmm… Habría que pensarlo. Desde luego, algo adecuado. Podríamos programarla para que dijese cosas como éstas: «¡Manos arriba, bandido! ¡Date preso en nombre de la ley! ¡Como muevas una pestaña te la abraso a tiros! ¡Te voy a meter en chirona para treinta siglos, so rata! ¡Suelta el botín, malandrín! ¡A la orden, jefe, misión cumplida…!».

¿Qué le parece?

No sólo reía Grace Kenyon, sino el policía de uniforme que conducía el coche. La muchacha tuvo que retirar un par de lágrimas de sus ojos, sin dejar de reír.

—¡Me está convenciendo, señor Mac Leod!

—Magnífico.

El policía lanzó una exclamación, y casi volvió la cabeza.

—¿Es hijo del teniente Mac Leod? —preguntó.

—Lo juro —alzó Nat una mano.

—Atiza… ¡Ésta sí que es buena! ¡Nadie lo diría!

—Oiga…, ¿quiere que le parta la cara, por muy policía que sea usted? —propuso Nat.

—Caray. Hombre, perdone. Lo que yo quería decir… Vaya, demonios, no pretendía…

—Estas cosas no pasan con mis muñecas —cortó Nat—: siempre dicen lo que tienen que decir.

—Lo siento de veras, señor Mac Leod. Mi intención…

—Pero si le he entendido, hombre. Mi padre es serio como un melón, lo sé. Eso está bien en un policía, pero encaja muy mal en un vendedor de juguetes. ¿A que sí?

—Sí, señor —sonrió el policía, aliviado—. Desde luego.

—Para que vea que no le guardo rencor, le voy a contar un chiste. Es de lo más gracioso. Fíjese bien: un vendedor de aspirinas a domicilio llama a la puerta de un apartamento, y le abre una joven despampanante que está desnuda y que…

CAPÍTULO II

Estaba desnudo sobre la plancha de mármol. La pregunta era cómo habían podido quitar la ropa de aquel amasijo de carne y huesos triturados.

—Está bien —murmuró el capitán Whartok.

La sábana ocultó el cadáver, y todos suspiraron aliviados al perder de vista el horrendo espectáculo. Todos, menos Nathaniel Mac Leod, que parecía como petrificado o insensible, con la mirada como atravesando aquel cuerpo destrozado.

—El equipo de Huellas que encargamos desde el coche ya debe estar allí —musitó Robert Mac Leod—. Iré a echar un vistazo.

—Voy contigo —reaccionó Nat.

—No.

—Es que…

—¡Es que nada! ¿No te gusta la agente Kenyon?

—Hombre… —se desconcertó Nat—. Sí, claro. Pero ¿qué tiene que ver esto…?

—Ella ha terminado su turno, y no la necesito esta noche. Invítala a cenar.

—Pero, papá…

—Te lo diré más claro —cortó secamente Mac Leod—: ¿alguna vez me he metido yo en tus ventas de juguetes?

—No, claro. Pero…

—Pues no te metas tú en mis asuntos. Eso es todo.

Dio la vuelta, y salió del depósito. Nat se dispuso a seguirle, pero el capitán Whartok lo asió por una manga, y movió negativamente la cabeza.

—No le compliques la vida, Nat. Deja que cada cual haga su trabajo. Todo esto no es ninguna broma, entiéndelo. Quizá la

muerte de Jay Parkman no tenga nada que ver con todo esto, pero… sería una casualidad muy grande, a mi modo de ver las cosas.

También tu padre las ve así. Y… es un magnifico policía. Déjale trabajar.

Nat Mac Leod estuvo quizá tres segundos mirando fijamente al capitán Whartok.

Luego, con suavidad, desprendió su brazo de la mano del policía, y se dirigió hacia la puerta…

Cuando salió a la calle, el coche policial que utilizaba su padre ya no estaba allí. Se quedó inmóvil, fruncido el ceño. Por fin, encendió un cigarrillo…

—Lamento que la idea de cenar conmigo no sea de su agrado, señor Mac Leod —oyó tras él.

Nat se volvió, sonriendo.

—¿Quién ha dicho eso? —protestó.

—Su propia actitud.

—Tonterías… ¿Le gusta la cocina china?

Grace Kenyon abrió muchísimo los ojos.

—¡Me encanta! —exclamó.

—¿Sí? Bueno, pues le regalaré un libro de recetas.

—¡Oh!

—Es una broma. Quiero decir que además de regalarle un libro de recetas chinas cuando me acuerde, la invito a cenar. Usted manda: ¿adónde vamos?

—¿De verdad me invita?

—Claro. Tengo que convencerla para que me permita la creación de la agente Kenyon.

¿Adónde le parece que vayamos?

—En
Wang's
se cena muy bien.

—¿Es un sitio caro?

—Pues… sí —se turbó Grace—. Sí, un poco.

—Estupendo: no sabía cómo gastarme los quinientos mil dólares que cobré el otro día por mis comisiones. —Nat Mac Leod frunció simpáticamente el ceño, y terminó—: Maldita sea mi suerte: ¡eso también es broma! Y ya que hablamos de bromas… Oiga, tenemos

que tomar un taxi, ¿no?

—Tengo aquí mismo mi coche particular.

—Espléndido. Pues nada, vamos allá.

La tomó del brazo, y fueron adonde estaba el coche de Grace. Poco después, la muchacha estaba al volante, y Nat, a su lado muy pensativo. Grace puso en marcha el vehículo.

—Decía usted que ya que estábamos hablando de bromas…

—Ah, sí… Estaba pensando en toda esa broma de los muertos que matan, y que…

Bueno, supongo que está al corriente.

—Sí.

—Bien. Por supuesto, eso de los muertos que matan es una majadería, pero lo cierto es que ya han muerto tres personas de las que podríamos considerar culpables directamente de la ejecución de esos tipos llamados Zeeman, Hobson y Durhing. Una de esas personas acabamos de verla… Lo que queda de ella: Jay Parkman, que parece, en efecto, haber sido arrollado por un tren. Dígame… ¿cómo murieron las otras dos, es decir, el juez Harrow y el fiscal Langston?

—Al juez Harrow lo encontraron en su casa, con la cabeza… machacada a golpes. Al fiscal Langston lo clavaron con varios cuchillos en la puerta de su dormitorio.

Nat Mac Leod no hizo comentario alguno. Grace lo miró, y le pareció que estaba muy sombrío, y desde luego, profundamente pensativo, tan ensimismado, que parecía no estar allí, con ella. Durante un par de minutos, Grace Kenyon estuvo mirando de reojo a su recién conocido acompañante, hasta que de pronto, éste la miró a ella, sorprendiéndola y sobresaltándola.

—Ya sé lo que voy a pedir para cenar —dijo Nat—: picadillo de hígados al *curry*.

* * *

—Voy a telefonear —dijo Nat.

—¿Otra vez? —se sorprendió Grace.

—Si no localizo a ese amigo para que me haga un préstamo, no podré pagar esta suculenta cena.

—Si es por eso, no se preocupe —rió la muchacha—. Yo llevo algo de dinero.

—No, no. La invitación la he hecho yo, así que tengo que pagar. Además, me imagino que usted no gana un sueldo digamos… interesante.

—Eso es lo de menos. Lo importante es ser policía.

—A eso le llamo yo tener vocación.

—Es extraño que usted no sea policía, señor Mac Leod. Si su padre…

—¿Todavía estamos con eso de «señor Mac Leod»? Si no le gusta mi nombre, dígamelo, y me lo cambio. ¿No le gusta Nat?

—Me gusta Nat, Nat —asintió ella—. ¿Por qué no es usted policía, como su padre?

—Pues… Bueno, digamos que papá tiene miedo de que me hagan pupa. Se sorprendería si supiese la enorme serie de obstáculos que me puso cuando le dije que quería ser policía.

—¿De veras? No sabía eso… ¿Y usted se dio por vencido?

—Yo soy la rama de cerezo —sonrió Nat.

—¿Cómo dice? ¿Es usted una rama de cerezo?

—Hablando en sentido figurado y poético. No me diga que desconoce usted el origen del ju-jutsu y por tanto del judo.

—Oh, se refiere a eso… Interesante. Claro que la conozco, pero estoy segura de que usted tendrá una nueva versión de lo más divertida…

—Pues no… No. Yo no bromeo con las cosas serias. Mi versión es la clásica: estaba aquel monje chino viendo nevar en su jardín, y se dio cuenta de algo que merecía reflexión… La nieve se iba acumulando sobre las ramas de un cerezo; algunas de las ramas eran muy fuertes, y soportaban el peso de la nieve, pero, de pronto, ya no podían más, y se rompían. En cambio, habían ramas más delgadas y flexibles que, cuando el peso de la nieve comenzaba a rebasar sus fuerza, simplemente cedían, la nieve caía al suelo, y ellas volvían a su posición anterior, tan campantes. Es decir, que se salían con la suya de seguir sobreviviendo.

—¿Está tratando de decirme que usted es la rama y su padre es la nieve?

—Más o menos.

—Pero eso implicaría que usted cedió ante su padre… y que siguió adelante con sus propósitos, Nat. Dígame: ¿es usted policía… sin que lo sepa su padre?

—Le juro que no —alzó una mano Nat—. ¿Me perdona otra vez un par de minutos?

—Con la condición de que conteste a otra pregunta: ¿sabe usted judo, Nat?

—Pues… ¡psé!, un poquillo.

—¿Y para qué necesita saber judo un vendedor de juguetes?

—Eso ya es otra pregunta —sonrió Nat—, pero se la contestaré también: es por si quieren robarme mis juguetes.

—Entiendo. —Rió Grace—. Y supongamos que alguien quisiera robarle sus juguetes: ¿qué haría usted?

—Judo.

—¿En qué modo?

—En el único modo en que puede hacerse *bien*. O sea, obtener el máximo beneficio con el mínimo esfuerzo. Por ejemplo, supongamos que un tío muy grande viene a robarme un tren eléctrico, y que se lanza contra mí… ¿Sabe qué haría yo?

—¿Qué haría?

—Apartarme. Apuesto a que se daba de cabeza contra un árbol, y yo podría seguir tranquilamente mi camino.

—¿Y si en vez de un solo hombre eran varios?

—Echaría a correr con todas mis fuerzas, huyendo.

—Oh.

—¿Decepcionada? Le voy a decir otra de las normas de esa inteligente lucha oriental.

Dice así: aprende a escapar hoy para poder luchar mañana… con todas las ventajas de tu parte. Perdóneme: voy a telefonear.

—¿Pido café?

—Todavía no, porque si mi amigo me contesta, o sea, que está en su casa, saldré para allá inmediatamente.

—Puedo llevarle con…

—No. La dejaré en su coche, le diré lo estupendamente que lo he pasado cenando en su compañía, y tomaré un taxi. De todos modos, muchas gracias, agente Kenyon. Vuelvo enseguida.

Nat Mac Leod se puso en pie, y cruzó el local, decorado a estilo chino de un modo aceptable, con tonos rojos muy vivos, dibujos de flores y dragones, y farolillos. Era un ambiente silencioso y tranquilo, muy grato. Y la cena había sido estupenda, ésa era la verdad…

Llegó al teléfono, y marcó el número…

CAPÍTULO III

Robert Mac Leod estaba abriendo la puerta de su pequeño y confortable *bungalow* en Sunset Boulevard, de Sunset Islands, cuando comenzó a sonar el teléfono. Entró rápidamente, y, sin encender ninguna luz, fue hacia el aparato.

—¿Diga?

—…

—Ah, Nat. Hola, muchacho… ¿Dónde estás?

—…

—Vaya… Te felicito. Grace no es de las chicas que salen con un hombre de buenas a primeras. ¿Y qué tal esa comida china?

—…

—Me alegro mucho. Sigue divirtiéndote. Acabo de…

—¿…?

—No. Ninguna huella esta vez. Parece que puede haber sido un accidente, pero eso no me lo creo yo ni volviendo a la infancia llena de ingenuidad… ¿Qué?

—…

—¿Para qué demonios quieres venir aquí ahora mismo? Sigue con Grace. Es una chica estupenda que… ¿Nat? ¡Nat!

El teniente Robert Mac Leod apartó el auricular de su oreja, miró el aparato, frunció el ceño, y lo colgó de un manotazo.

—Será cretino… —mascullό—. ¡Está con una chica que es todo un bombón y la va a dejar para estar conmigo! ¡Bah!

Todavía a oscuras, fue al dormitorio, se desnudó, y entró en el cuarto de baño. La verdad era que estaba cansado… Más que cansado, aburrido y nervioso. Una ducha caliente no aliviaría su aburrimiento, pero sí serviría para relajar sus nervios.

Aburrido, ésta era la palabra.

Aburrido, porque aquel caso no tenía ni pies ni cabeza… Al menos, eso le parecía a él.

Había una cosa indudable: Zeeman, Hobson y Durhing habían muerto. Bien sentado esto, el hecho de que alguien quisiera vengarlos le parecía perfectamente factible. Ahora bien: ¿por qué llevarse los cadáveres, y cómo podían haber dejado éstos sus huellas digitales en las casas del juez Harrow y el fiscal Langston? Cierto que habían medios para esto, pero…, ¿quién se estaba complicando la vida de aquel modo?

—No puede ser muy listo, si quiere que nos creamos que tres muertos andan por ahí vengándose —reflexionó Mac Leod, ya bajo la ducha de agua caliente—. Y se tomó la molestia de robar los tres cadáveres. Eso es propio de una mente maquiavélica, o, al menos, un tanto desquiciada, así que quizá me estoy equivocando en mis sospechas.

Tendré que ir con mucho cuidado, porque…

El agua caliente caía sobre su cabeza con fuerza, pero aun así le pareció oír un golpe…

Como si la puerta del cuarto de baño hubiese sido empujada violentamente contra la pared. Apartó la cabeza del chorro.

—¿Nat? —llamó—. ¿Ya has vuelto?

No recibió respuesta. Frunció el ceño, volvió a meter la cabeza bajo el agua. Su ceño se frunció aún más, y volvió a apartarse del agua. Con la mano derecha apartó la cortina de plástico que impedía que el agua salpicase fuera de la bañera…

… Y entonces vio a los dos hombres.

Uno de ellos estaba tocando con las dos manos el espejo del lavabo. El otro, manoseando la puerta. Pero los dos miraron hacia la bañera al ser apartada la cortina, e inmediatamente, llevaron su mano derecha a la axila izquierda. En este mismo instante, el sobresaltado teniente Mac Leod inició su reacción, haciendo el gesto de salir de la bañera para pasar al ataque.

Y ni siquiera había acabado de alzar una pierna cuando las pistolas con silenciador aparecían en las manos de aquellos dos desconocidos.

Plop…

Plop, plop, plop…

Al recibir el primer balazo, Robert Mac Leod lanzó un alarido, y

alzó sus manos, que se asieron fuertemente a la cortina de plástico. El segundo balazo lo empujó, y se fue hacia atrás arrancando la cortina, que cayó sobre él, desgarrada. El tercer balazo le alcanzó cuando rebotaba contra la pared del fondo de la bañera, y lo volvió a empujar contra ésta, para rebotar de nuevo, ya doblándose sus piernas, envuelto en la cortina. El cuarto balazo lo sacudió cuando estaba cayendo…

Y finalmente, cayó, quedando en el fondo de la bañera, envuelto en la cortina manchada de sangre, sobre la cual caía el agua caliente, produciendo un fuerte sonido sobre el plástico.

Durante unos segundos, eso fue todo. Desde donde estaban los dos hombres no veían más que una porción de cortina. Esperaban alguna reacción, pero no se produjo. Uno de ellos guardó la pistola, de pronto, y dijo:

—Vámonos, Morley.

—¿No dejamos más huellas? —preguntó el otro.

—Son suficientes. Si exageramos sería demasiado aparatoso. Larguémonos.

—Sería mejor que lo rematásemos, Granger.

—¡Bah! Tiene más que suficiente. Trabajo terminado.

Los dos hombres salieron del cuarto de baño.

Un minuto.

Dos.

Tres, cuatro, cinco…

El agua caliente seguía cayendo, repiqueteando sobre la cortina de plástico, salpicando escasamente fuera de la bañera. Eso era todo lo que se oía.

Tres minutos más tarde, se oyó el seco frenazo de un coche. Segundos después, la voz de Nathaniel Mac Leod, procedente de la puerta del *bungalow*, al mismo tiempo que se encendía la luz afuera:

—¿Papá?

Luego, los pasos. Sonaron en el dormitorio, al mismo tiempo que la voz de Nat.

—Ah, te estás duchando —la voz y los pasos se fueron acercando—. Me gustaría que me explicases algo de lo que habéis averiguado en la estac…

Nathaniel Mac Leod había aparecido en la puerta del cuarto de baño. Y se quedó allí, bruscamente silencioso, como clavado al

suelo. Pero eso fue solamente un instante brevísimo. Luego, palidísimo, saltó hacia la bañera, cerró el grito del agua, y se inclinó sobre aquel cuerpo envuelto en plástico y en sangre. Apartó el plástico por un lado, y el rostro de su padre apareció, crispado, tan blanco como la bañera…

CAPÍTULO IV

El capitán Whartok fue corriendo por el blanco pasillo del hospital, y fue a detenerse, jadeante, frente a Nat Mac Leod, que estaba de pie, inmóvil, con un cigarrillo colgando de los labios.

—Nat… —Whartok lo asió de un brazo—. ¿Qué ha pasado?

—Nada extraordinario —musitó Nat—: le ha tocado el turno a mi padre.

—¿Ha muerto?

—Por ahora, no. Están con él.

Wallace Whartok se pasó una mano por la boca, con gesto desesperado. No sabía qué decir. Miró a todos lados, como buscando una inspiración, o una solución… Estaban solos en la pequeña sala de espera formada en el ensanchamiento rectangular del pasillo.

—Pero… ¿Cómo ha sido? ¿Lo sabes?

—No. Le había telefoneado un cuarto de hora antes, y al comprobar que estaba en casa, me fui para allá inmediatamente… Lo encontré desangrándose en la bañera, con cuatro balazos en el cuerpo.

—Santo Dios… ¡Se lo advertí, se lo dije! ¡Le dije…!

—Sé muy bien lo que le dijo usted, porque yo estaba allí. Primero, el juez Harrow; luego, el fiscal Langston… Después nos enteramos de lo de Jay Parkman. Y al parecer, mi padre seguía a eso tres en la lista.

—¿No hay posibilidades de que se salve? Bueno, yo…

—No lo sé.

—Bien… —Whartok se pasó ahora la mano por la frente—. Habrá que hacer algo…

¡Hay que avisar a las demás personas que intervinieron en esto!

Quedan once personas, once miembros del jurado… ¡Hay que avisarles, y protegerles!

—Me parece lo más acertado… —admitió Nat—. La cosa va completamente en serio: seríamos unos necios si no lo aceptásemos así. Usted ocúpese de eso, y yo de lo demás.

—Voy a telef… ¿De lo demás? ¿A qué te refieres?

—Usted está más enterado que yo de todo esto, lógicamente —susurró Nat—. Con un poco de información por su parte, yo podría dedicarme a buscar a la gente que ha disparado contra mi padre.

—¿Estás loco? —exclamó Whartok.

—Supongo que no.

—¡Pues yo digo que lo estás! ¡Por Dios…! Mira, en primer lugar, esto es cosa de la policía, no de un civil cualquiera, por muchos afanes de venganza que tenga. Y en segundo lugar… ¡Vamos, de ninguna manera te daría información que te permitiese acercarte a gente como la que ha disparado contra tu padre! ¿Qué crees que harían contigo? ¿Darte explicaciones?

—Entiendo que no va usted a ayudarme, capitán.

—¡Claro que no! Además, eso no sería ayudarte, sino facilitarte la dirección de… del matadero. ¡Vamos, Nat, no digas tonterías! No tengo ni idea de quién ha podido hacer esto, pero te juro que aunque lo supiese con toda certeza, no te lo diría. Tienes que comprender…

Whartok calló, al comprender que, de pronto, Nat no le escuchaba. Miraba hacia el hombre de bata blanca que acababa de salir de un quirófano al fondo del pasillo, y que se acercaba a ellos.

—¿Señor Mac Leod? —Llegó preguntando, mirando a Nat.

—Sí.

—Soy el doctor Mac Adam. En principio, tengo buenas noticias para usted: su padre no ha muerto en el Quirófano.

—¿Eso quiere decir que se salvará?

—Lo siento, pero no me atrevo a decir tanto. Ha pasado lo peor Yo creo que si no ha muerto ya, puede salvarse. Pero, entiéndalo bien, las probabilidades son mínimas.

Nat Mac Leod inclinó la cabeza, y estuvo unos segundos así, como ausente, hasta que por fin preguntó:

—¿Puedo yo hacer algo aquí?

—No. Ni usted, ni nadie. Las próximas horas serán de espera.

Por supuesto, su padre estará atendido en todo momento… Si muere, no será por falta de cuidados.

—Gracias… —murmuró Nat—. ¿Cuándo puedo volver, o llamar por teléfono?

—No lo sé. De veras, no lo sé, lo siento. ¿Me permitiría usted un consejo, muchacho?

—Sí.

—Váyase a descansar. Y por la mañana, simplemente cuando despierte, se viene para aquí. Eso es todo.

—Lo haré, doctor. Muchas gracias. Ah: él es el capitán Whartok, del Pólice Department, jefe y amigo de mi padre. Quizá tenga algo que decide… Yo me retiro.

—Nat, si necesitas algo… —ofreció Whartok.

Nat movió la cabeza, y comenzó a alejarse por el pasillo.

—Lo único que necesito, para poder olvidar todo esto, es dormir.

CAPÍTULO V

Estaba ya casi dormida cuando sonó el timbre, con aquel suave zumbido. Abrió los ojos, parpadeó… Se sentó en la cama, y se quedó inmóvil. Quizá no había hecho sino soñar… Pero el timbre zumbó de nuevo, y entonces Grace Kenyon encendió la luz, se puso las zapatillas, y salió del dormitorio.

Llegó a la puerta del apartamento, y descolgó el teléfono que la comunicaba con la portería.

—¿Diga? ¿Quién es?

—Nat Mac Leod.

—¡Nat! —Grace se despertó completamente por fin—. ¿Qué ocurre?

—Tengo que verla, Grace. Ahora. Por favor.

—Pero… son más de las once de la noche… Está bien, le abro desde aquí —apretó el botón que abría la puerta abajo—. Suba, Nat.

Oyó el chasquido del teléfono de la portería, y se quedó junto a la puerta, esperando.

Poco después, abrió la puerta, al oír la llegada del ascensor. Nat Mac Leod apareció, y se dirigió directo hacia ella. Entró, cerró la puerta y se quedó mirándola.

—Qué linda camisita de dormir —dijo.

Grace Kenyon reparó entonces que, en efecto, llevaba puesta solamente su *baby-doll*, y enrojeció un poco. Alzó las manos, en un vano intento de anular la transparencia de la prenda, y comprendiendo que no iba a conseguir nada por aquel procedimiento, dio media vuelta, hacia el dormitorio.

—Voy a ponerme…

—Espere… —Nat la sujetó por uno de los desnudos brazos—. No vale la pena, estaré solo un minuto. Además, lo que hay por ver, ya lo he visto.

—Pero yo no…

—Grace: ¿puede prestarme su coche?

—Pues…, Nat, ¿qué pasa?

—Estoy en un compromiso. ¿Recuerda aquel amigo al que estuve llamando por teléfono mientras cenábamos en
Wang's?
Bueno, ya sabe que al final lo encontré y que fui a verlo…

—Si, sí.

—Bien. Ese amigo es periodista. Ha estado fuera de Miami, por eso no lo encontraba en su apartamento. Hemos charlado de varias cosas, y no sé cómo ha salido a relucir lo ocurrido con Jay Parkman. Se ha llevado un disgusto por no haber estado aquí… No sabía nada. Yo le he dicho que le iba a facilitar información, pero sé poco sobre el asunto…

—¿Y viene a pedirme información a mí? —se sorprendió la muchacha.

—No consigo encontrar a mi padre. Y pensé que usted querría ayudarme. Grace, ese amigo periodista tiene un amigo que es propietario de unos grandes en Miami… Si le ayudo, él va a ayudarme, que puede conseguir que su amigo me compre cada tres meses una cantidad fabulosa de juguetes… ¿Lo entiende?

—Sí, claro. Pero… Bueno, toda esa información ya apareció en los periódicos…

—Ya le digo que mi amigo ha estado fuera. Ahora, quiere recopilar todos los datos, hacer un resumen… ¡Yo qué sé! Y quiere escribirlo esta noche, para que salga mañana en su periódico. Está chiflado, pero a mí eso me tiene sin cuidado. Usted me dice unas cuantas cosas, yo se las paso a él, y todos contentos. Por ejemplo: ¿qué familiares dejaron Zeeman, Hobson y Durhing?

—Pero si eso ya apareció cuando…

—Por favor, Grace. Mi amigo me está esperando en su casa, he venido en un taxi…

¡Dígame unas cuantas cosas, présteme su coche, y no la molestaré más!

—Bien… Al fin y al cabo no es ningún secreto. Vamos a ver…

James Zeeman dejó viuda, sin hijos. Michael Hob…

—¿Dónde puedo encontrar a esa viuda?

—Creo que está trabajando de camarera… o algo parecido en un club de Virginia Keys…

Club Mangrove. Vive en una cabaña alquilada, en Beart Curt… ¿Su amigo piensa ir a verla?

—¡Y yo qué sé…! ¿Quién más hay?

—Pues tenemos a la hija de Hobson… Evelyn Hobson. Es modelo publicitaria, ya sabe…

De poca categoría. He visto algunas fotografías de ella muy especiales. Según parece, después de su… trabajo serio, si así se le puede llamar, tiene otro «trabajo»: se deja invitar por algunos clientes de la empresa publicitaria. ¿Me comprende?

—Sí. ¿Dónde puede encontrarla mi amigo, si le interesa?

—Recuerdo muy bien su dirección: 660, Day Avenue, en Coconut Grove.

—¡Estupendo! Ya sólo quedan los familiares del otro, de ese Durhing.

—David Durhing. Sí éste tiene un hijo, pero es una astilla de tal palo… El muchacho se llama igual que el padre, y al parecer lleva su parecido con él mucho más lejos. Es un pillastre… Está cumpliendo condena por…

—Ése no interesa, entonces. ¿Qué más sabes?

—Nada más. Zeeman, Durhing y Hobson fueron ejecutados, ésos son sus familiares, y ahora, esto último de los asesinatos del juez Harrow, el fiscal Langston. Jay Parkman… Eso es todo. Su amigo va a trabajar esta noche para ofrecer al público lo que ya sabe. A excepción de lo de Jay Parkman, pero esa noticia también la darán otros periodistas que…

—¿Me presta su coche o no?

—Sí —parpadeó Grace—. Con gusto, sí. ¿Me ha dicho la verdad, Nat?

—¿Cree que soy un embustero?

Grace Kenyon vaciló, pero finalmente se dirigió al dormitorio, y regresó de allí con las llaves del coche, que tendió a Nat.

—Ya conoce el coche. Está estacionado detrás del edificio… ¿Puedo ayudarle, Nat? Si está…

Nat se había metido las llaves en el bolsillo, y, sin más

contemplaciones, abrió la puerta del apartamento, salió, y la cerró, dejando a Grace con la boca abierta…, lo cuál era menos tonto que continuar hablando a solas.

—Pues vaya… —refunfuñó la muchacha.

Regresó a la cama, pero ya no tenía sueño. Cogió el libro que tenía sobre la mesita de noche, lo abrió… Lo volvió a dejar, y descolgó el auricular del teléfono. Llamó a Robert Mac Leod, y se sobresaltó cuando le respondió una voz que no era la del teniente.

—¿…?

—Perdone —musitó Grace—. Debo haberme equivocado de número…

—¿…?

—Sí, soy yo… ¡Capitán Whartok! ¿Es usted, señor?

—…

—Pero… Bueno, sólo quería hablar con el teniente…

—…

—Dios… ¡Voy para allá enseguida!

Colgó, saltó de la cama, y comenzó a vestirse rápidamente.

CAPÍTULO VI

En el Mangrove Club, las camareras tenían una ventaja considerable: no tenían que gastarse mucho dinero en ropa para el trabajo. Bastaba con una especie de *maillot* ajustadísimo y escotadísimo, y unas medias negras. El resultado era bastante sugestivo, y quizá explicaba el hecho de que siendo ya tan tarde todavía hubiesen bastantes clientes pasándolo lo mejor que podían. Era un sitio donde se bebía y se veían unas atracciones, un club cualquiera.

Eso era lo que pensaba Nat Mac Leod mientras echaba un vistazo desde la barra, ante la cual se había sentado, en uno de los taburetes giratorios. Uno de los camareros se le acercó.

—¿Qué desea tomar, señor?

—*Whisky*.

El camarero le sirvió, y ya iba a retirarse cuando Nat te hizo una seña.

—¿Sí, señor?

—¿Puede decirme cuál de las camareras es la señora Zeeman? Me han dicho que trabaja aquí.

—Sí, señor —el camarero miró por la sala, y señaló con la barbilla—. Por allá va. La pelirroja.

—Gracias. ¿Puede usted decirle que me lleve el *whisky* a la mesa que voy a ocupar?

—Por supuesto.

Segundos después, Nat estaba sentado ante una mesa. Vio al camarero haciéndole señas a la pelirroja, que se acercó, le escuchó, y volvió la cabeza hacia él, expectante.

Luego colocó el vaso en la bandeja y se acercó, sonriendo.

—Su *whisky*, señor —depositó el vaso en la mesa, sin dejar de

sonreír—. ¿Ha preguntado usted por mí?

—¿Puede sentarse un minuto, señora Zeeman?

—Naturalmente… Me parece que no le conozco.

Se había sentado. Nat movía negativamente la cabeza, sin dejar de mirarla. La señora Zeeman era lo que suele llamarse toda una jamona, con abundancias en todas partes, y resultaba altamente sugestiva, con sus ojos verdes, sus rojos cabellos…

—No. A mí no me conoce, pero creo que sí conoce a mi padre: el teniente Mac Leod, del Pólice Department.

El gesto de la Zeeman se nubló bruscamente. Y con la misma brusca rapidez, su rostro pareció más viejo que un segundo antes. La sonrisa se había esfumado de sus pintados labios.

—Le conozco… —dijo con voz tensa—. Tuve ocasión de verlo bastantes veces durante el juicio de mi marido. ¿Qué es lo que quiere ahora la policía de mí?

—Señora Zeeman, yo no pertenezco a la policía —dijo suavemente Nat—. Y precisamente por eso, puedo resultar mucho más desagradable. Hay cosas que la policía no puede hacer, pero un particular sí puede hacerlas.

—No le comprendo…

—Se lo explicaré. La policía está obligada a tratar con guante blanco a los… contribuyentes. Por ejemplo, si ellos viniesen a hacerle preguntas a usted, deberían tener mucho cuidado de no molestarla, y, mucho menos, lastimarla. Yo no. Yo puedo esperarla a usted afuera cuando termine su trabajo, meterla en mi coche, llevarla a un lugar conveniente, y allá hacerla pedazos a golpes o a navajazos. ¿Lo entiende ahora?

Jill Zeeman asintió con movimientos de cabeza. Estaba lívida, y miraba a Nat con expresión desorbitada.

—Celebro haber sabido explicarme —dijo Nat—. Pero estoy seguro de que no será necesario que yo haga nada de eso. ¿Verdad?

—¿Qué… qué quiere usted… de mí? —tartamudeó ella.

—Información. Mi padre está ahora en un hospital, con cuatro heridas de bala en el cuerpo. Quizá muera. Ahora, yo quiero que usted me diga cuál de sus amigos ha hecho ese… trabajito, para vengar a su marido. ¿Y… bien?

—Pero… pe… pero yo… yo no sé de qué me habla…

—¿No lee usted los periódicos?

—No… Casi nunca. Me gustan más las revistas que…

—Escuche, señora Zeeman, hace tres días el juez que condenó a su marido a muerte, fue asesinado. Después, el fiscal. Esta misma tarde, el presidente del jurado. Y esta noche, hace poco, mi padre ha sido acribillado. Excepto en la muerte del presidente del jurado, en las otras han concurrido circunstancias asombrosas: en los dos primeros casos se encontraron huellas digitales de su marido y sus dos amigos. Y estoy seguro de que en la casa de mi padre también aparecerán esa clase de huellas.

—Usted… ¡usted está loco!

—Más loco está el tipo que robó los cadáveres de su marido y de Durhing y Hobson.

¿Qué pretenden, con ello? ¿Dónde están?

—¡No sé de qué me está hablando! ¡Usted está loco!

—Mi equilibrio mental, señora Zeeman, está fuera de toda duda, merced a numerosos *tests* sobre cuya complejidad no vamos a hablar, para no asustarla. Pero podemos hablar de ciertas peculiaridades de mi carácter: soy amable, educado y simpático…, por regla general. Pero en ocasiones resulto más bien una compañía… indeseable. La voy a convencer de lo que digo, cortándole las orejas y la lengua si usted no utiliza las primeras para escucharme con atención y la segunda para contestarme debidamente. Ahora, repetiré mis preguntas: ¿por qué han robado esos tres cadáveres, quiénes son, dónde están y qué pretenden?

—Yo… yo… yo… yo…

—Beba un traguito… —empujó Nat el vaso hacia ella—. Así la sangre circulará mejor por su lengua, y le permitirá utilizarla adecuadamente.

—No… no… necesito… beber… Yo no sé nada de todo eso. ¡No sé nada! Y le… le voy a denunciar a usted a la policía…

—¿De veras va usted a hacer eso? —se sorprendió Nat.

—No tiene derecho… a venir a intimidarme… No tengo nada que ver con todo esto, ni tuve que ver con lo que hizo mi marido… ¡Yo no sabía nada de aquello, ni sé nada sobre todo eso que usted dice ahora!

—¿No sería mejor que reflexionase ante de dar esa respuesta como definitiva, señora Zeeman?

—No tengo nada que reflexionar… Escuche… ¿Ve usted dónde

estoy, y cuál es mi trabajo? Fue lo único que pude encontrar después de que ejecutaron a mi marido… Estoy empezando a olvidar todo aquello, me gano la vida, no quiero complicaciones… Ni las quise antes. Ni siquiera conocía a los amigos de James, ni supe en ningún momento que estaban planeando aquel atraco en el que murieron dos policías… ¡Se lo juro!

—¿Por Dios? —sonrió secamente Nat.

Jill Zeeman suspiró profundamente, y bajó la cabeza.

—Si no me cree, haga usted lo que quiera —susurró.

Durante ocho o diez segundos, Nat Mac Leod estuvo mirando fijamente a aquella mujer, sin parpadear siquiera. Luego, terminó el *whisky*, dejó un billete sobre la bandeja, y se fue.

CAPÍTULO VII

El coche se detuvo delante del pequeño *bungalow* sito en Day Avenue, exactamente en el número 660, en Coconut Grove. Desde su asiento ante el volante del coche de Grace Kenyon, Nat Mac Leod la vio llegar, y consultó su reloj. La una y diez de la madrugada…

Brava hora para el regreso de una muchacha a su domicilio.

Metió el cigarrillo en el cenicero, mientras seguía mirando hacia el coche recién llegado. El estaba estacionado a unos treinta metros del *bungalow*, así que era poco probable que pudieran verlo dentro del coche. Pero, a su vez, él no podía ver a las personas que habían llegado en el otro coche.

Durante un par de minutos, sin la menor impaciencia, estuvo esperando, intentando ver algo. Por fin, la portezuela derecha se abrió, y la mujer salió del coche, arrastrando un abrigo, o algo parecido. Al parecer, ése era todo el vestuario de que disponía, cosa un tanto sorprendente.

«Quizá está haciendo el *streaking*», reflexionó Nat, con sombrío humor.

La muchacha que sólo tenía un abrigo rodeó el coche, arrastrando la prenda, y llegó ante la otra portezuela. La abrió, dejó caer el abrigo al suelo, e introdujo ambos brazos dentro del coche, hacia el asiento del conductor… El hombre que conducía el coche optó por salir, y ella comenzó a reír. Le cogió de una mano, y tiró de él, hacia el *bungalow*…

Reía agudamente y tropezaba sin parar.

«O está borracha, o drogada», se dijo Nat.

El hombre se había detenido, y movía negativamente la cabeza. La muchacha insistía, tiraba de él… De pronto, el sujeto le propinó una tremenda bofetada que la tiró de espaldas sobre el césped.

Luego, dio media vuelta, volvió al coche, y partió, aplastando el abrigo que continuaba caído en la calzada.

La muchacha se había puesto en pie, y estaba mirando hacia el coche. Continuó en aquella postura incluso después de que el vehículo desapareció. De pronto, se dirigió hacia la cabaña. Llegó allí, se detuvo ante la puerta, y se quedó inmóvil, al parecer sin saber qué hacer. Por fin, se sentó junto a la puerta, aceptando con admirable fatalismo el hecho de que no tenía llave para abrirla.

Nat Mac Leod ya no esperó más. Salió del coche, recogió de pasada el abrigo de la muchacha, y mientras se acercaba al *bungalow,* buscó en los bolsillos de la prenda.

Encontró el bolsito, y dentro de éste unas llaves.

Cuando llegó junto a la muchacha, ésta alzó la cabeza, y lo miró. Una desmayada sonrisa apareció en sus facciones.

—Oh, un hombre… —tartajeó—. ¡Hola, bello desconocido!

La agria vaharada llegó al olfato de Nat, que se limitó a abrir la puerta, guardar la llave en el bolsito, éste en el bolsillo del abrigo, y se inclinó hacia la muchacha. La tomó de un brazo, la puso en pie de un tirón, y la metió dentro de la cabaña. Cerró la puerta, encendió la luz…, y la muchacha cayó en sus brazos, colgándose de su cuello, riendo…

—¡Vamos a ser tan felices…! —Lanzó de nuevo la vaharada de alcohol en pleno rostro de Nat.

—Estupendo —sonrió él.

Se desprendió de sus brazos, y la empujó hasta el cuarto de baño. Metió a la muchacha en la bañera, y abrió el grifo del agua fría. Sonrió cuando la muchacha lanzo un alarido al recibir la inesperada lluvia, y la empujó en cuanto intentó salir a toda prisa de la bañera.

Ella no insistió. Se quedó inmóvil, recibiendo en plena cabeza y pecho el agua… Por fin, Nat cerró el grito, y le tiró una toalla.

—Será mejor que se seque, si no quiere pillar un buen resfriado, señorita Hobson.

Salió del cuarto de baño, y fue a la cocina, donde encontró la cafetera medio llena de café; frío, naturalmente. Encendió uno de los fuegos, y colocó la cafetera encima. Luego, fue al dormitorio, echó un vistazo por el armario la mesilla de noche… Acabó moviendo con gesto apesadumbrado la cabeza. Así era la vida… Un

tipo se dedica a la mala vida, y los demás pagan las consecuencias de un modo u otro.

Se imaginó a la señora Zeeman casada con un hombre honrado, normal y corriente. Y a la muchacha del *streaking* bajo la dirección de un padre honrado y atento. Y a Dave Durhing, hijo, fuera de la cárcel, trabajando, estudiando quizá… Eso era lo razonable, lo agradable, lo conveniente. Pero no. ¿Para qué ser honrado, para qué vivir tranquilamente…, habiendo Bancos que robar y policías que asesinar?

Nat alzó vivamente la cabeza. Le parecía haber escuchado un llanto… Sí, un sollozo.

Fue al cuarto de baño, y se encontró a la muchacha sentada en el borde de la bañera, a medio secar, con la toalla en las manos, llorando a lágrima viva.

—Vaya por Dios… —masculló Nat—. La tiene llorona.

Cogió el albornoz que estaba colgado detrás de la puerta, obligó a la muchacha a ponerse en pie, y la ayudó a ponérselo. El mismo anudó el cinturón, acabó de secar los cabellos de la sollozante joven, y le pasó un brazo por los hombros, amistosamente.

—¿Qué tal un buen trago de café? —propuso.

Ella asintió con la cabeza, y él la llevó al pequeño saloncito. La dejó sentada en el sofá, fue a por el café, y le sirvió un vaso lleno.

—Adentro con ello —dijo.

La muchacha comenzó a beber el café. Parecía una muñequita obediente… Una preciosa muñequita… En cuanto a la belleza del cuerpo, Nat no podía tener la menor duda, pues lo había visto completamente. Ahora, miraba aquel rostro, aquellos ojos oscuros, grandes, tan bonitos…, que se iban abriendo más y más, fijos en él… Los cabellos eran negros, largos… Una preciosa muchacha, sí.

De pronto, ella dejó de beber, y musitó:

—¿Quién es usted?

—El buen samaritano —sonrió Nat.

—Ah… —Ella casi sonrió—. Yo me llamo Evelyn.

—¿Qué tal, Evelyn?

—Me he vuelto a emborrachar…

—Eso parece. ¿Siempre le da por llorarla?

—Sí…

—Pues si yo fuese usted, me dedicaría a algo que me hiciese

reír, Evelyn.

—Todos son unos cerdos.

—Todos los que están en la pocilga, sí. ¿Por qué no sale de ella? De la pocilga, quiero decir.

—Todos son unos cerdos.

—Yo no.

—Pero usted es el buen samaritano… Debe ser el único que queda.

—Apuesto a que no.

—¿Y qué hace usted aquí?

—Le he preparado café.

—Ah… Gracias. ¿Se va a quedar?

—No.

—Menos mal. Estoy tan cansada…

—Hay un remedio muy bueno para eso: acuéstese.

—¿Sola?

—Más vale estar sola que mal acompañada.

—Usted es simpático, samaritano… Sí, me voy a acostar, y dormiré mucho.

—Me parece una idea excelente, de veras. ¿No quiere más café?

—Sabe a demonios.

Nat se limitó a sonreír. Se llevó la cafetera y el vaso a la cocina. Cuando regresó al saloncito, Evelyn Hobson no estaba allí. La encontró en la cama, de nuevo desnuda; fija la mirada en el techo. Nat movió la cabeza, tapó con la sábana a la muchacha, y preguntó:

—¿Le gustaría tener un empleo?

—Ya tengo empleo —lo miró ella.

—Yo me refiero a un empleo decente y tranquilo.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Existe otra clase de empleos?

—Todavía quedan algunos. —Nat sacó su billetera de ella una tarjeta, y escribió algo en ella—. Vaya mañana a esta dirección, pregunte por Dick Coleman, y entréguele esta tarjeta. Si de verdad le interesa, el empleo será suyo.

—¿Y qué tendré que hacer?

—Vender juguetes a los niños.

—¿Me está tomando el pelo?

—No. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—Sí… Arrégleselas como pueda para conseguir que me olvide de mi padre…, y de que fue ejecutado por asesino.

—Eso tiene que conseguirlo usted sola.

—Cuando sepan quién soy, no me darán el empleo.

—Se lo darán. Adiós, Evelyn.

—Espere —la muchacha se sentó en la cama, pero ahora cubriéndose el pecho con la sábana—. ¿Quién es usted?

—Ya se lo he dicho: el buen samaritano. Pasaba por aquí, me pareció que estaba usted en apuros, y me dije: «Sam, ahí tienes tu buena obra del día».

—¿Pasaba usted por aquí… a estas horas?

—Sí.

—Creí que era alguien que me esperaba a mí.

Nathaniel Mac Leod movió negativamente la cabeza.

—No, Evelyn… No.

Salió del dormitorio, y segundos después estaba en la calle. Fue al coche, encendió un cigarrillo, y puso el motor en marcha. Estaba seguro de que ni siquiera valía la pena hablarle a Evelyn Hobson del asunto… Del mismo modo que había perdido el tiempo con Jill Zeeman.

Las cosas no iban por ahí.

Emprendió el camino hacia el *bungalow* de su padre, pensativo. Tan pensativo, tan absorto, que entre esto y lo cómodamente que se conducía por Miami a aquella hora, cuando vino a darse cuenta estaba delante del domicilio de su padre.

Por un brevísimo instante, un destello de alarma apareció en sus ojos al ver luz en un par de ventanas. Luego, vio los dos coches de la policía, y comprendió: allá estaban los compañeros del teniente Robert Mac Leod, buscando huellas, alguna pista, cualquier indicio…

Cuando salió del coche, un agente de uniforme apareció ante él, pero ni siquiera le dio tiempo de hablar.

—Soy Nat Mac Leod… —dijo—. ¿Ha venido el capitán Whartok?

—Sí, señor. Está dentro.

—Gracias.

Sorpresa para Nat Mac Leod. Cuando entró, no sólo vio al capitán Whartok, y a los hombres del equipo de Huellas haciendo su trabajo todavía, sino también a Grace Kenyon, que de pie junto

al capitán, lo miraba fijamente.

—Creí que tenía la noche libre, agente Kenyon —dijo amablemente Nat.

—Nat… —empezó Wallace Wharton.

—Están perdiendo el tiempo por aquí… —cortó él—. Todo lo que van a encontrar son huellas digitales de tres hombres que están muertos. ¿Tienen para mucho aún?

—Estamos terminando —gruñó Whartok—. Mira, Nat, yo salí del hospital poco después que tú, y me vine enseguida aquí. Pensé que habías tardado en encontrar un taxi y que yo me había adelantado. Pero poro después, llamó la agente Kenyon…

—Ya imagino el resto.

—Está bien. ¿De dónde vienes?

—Estoy seguro de que la agente Kenyon ya le ha informado de eso —frunció el ceño Nat—. ¿No es cierto, agente Kenyon?

—Sí. Usted me engañó, Nat. Usted dijo…

—¿Has visto a la viuda de Zeeman, o a la hija de Hobson? —Gruñó Whartok.

—A las dos —admitió Nat.

—Escucha bien esto —se irritó Whartok—: te advertí que esto era cosa de la policía, y que…

—¿Cosa de la policía? —se sorprendió Nat—. ¿Quiere usted decir que yo no tengo derecho a visitar a dos damas, si ése es mi gusto?

Wallace Whartok frunció el ceño, ladeó la cabeza, entornó los ojos…, y se quedó mirando torvamente a Nat Mac Leod. Por fin, alzó una mano, y apuntó a Nat con un dedo.

—Te lo advierto: por muy hijo de Bob que seas, te voy a encerrar por unos cuantos días si adoptas esa actitud. No quiero que nos compliques la vida a todos.

—De acuerdo —admitió Nat, mansamente—. ¿Se ha ocupado ya de la protección de los demás miembros del jurado?

—¡Tú no tienes que decirme lo que debo hacer, ni cómo he de hacerlo, ni cuándo! —estalló Whartok—. ¿Está claro esto?

—Sí, La rama cede ante el peso de la nieve.

—¿Qué? —se desconcertó Whartok.

—Quiere decir —intervino Grace— que él le escuchará a usted, le dirá que sí a todo…, y luego hará lo que le dé la gana.

Wallace Whartok enrojeció, abrió la boca…

—Podemos marcharnos cuando guste, señor —dijo uno de los de Huellas—. No queda ni una pulgada por examinar. Tenemos huellas suficientes para empapelar el Capitolio.

—Está bien. —Whartok vaciló, y volvió a apuntar a Nat con un dedo—. Será mejor que no olvides lo que te he dicho. ¿Viene usted, Grace? Podemos dejarla en…

—No es necesario, señor; gracias. El señor Mac Leod va a devolverme mi coche. ¿O todavía lo necesita, señor Mac Leod?

—No —sonrió Nat, tendiéndole las llaves—. Gracias, agente detective Kenyon.

Grace tomó las llaves, y se volvió hacia Whartok.

—Se entiende, señor, que estoy fuera de servicio en estos momentos… Quiero decir que estoy aquí particularmente, no como policía.

—Sí —se desconcertó de nuevo Whartok—. Sí, claro.

—Gracias.

Dicho esto, Grace Kenyon se volvió ahora hacia Nat Mac Leod, y sin más, le atizó una bofetada, que hizo vibrar los cristales del *bungalow*. Una bofetada tremenda, que podía derribar a un hombre, pero Nat la encajó sin pestañear, y sin moverse apenas…, y sin que la sonrisa desapareciese de sus labios.

—Como policía, señor Mac Leod —dijo Grace—, puedo soportar cualquier triquiñuela, porque es mi obligación no perder la serenidad, y estoy acostumbrada a tratar con toda clase de hombres… Pero como mujer, de mí no se ríe ni el presidente de los Estados Unidos.

—Su indignada actitud me parece encajada dentro de la más correcta lógica, señorita Kenyon. Pero hay algo que no comprendo: ¿se conforma con una sola bofetada?

Grace Kenyon lanzó una exclamación, enrojeció, avanzó otro paso hacia Nat Mac Leod, y soltó otra tremenda bofetada a aquel rostro durísimo… Tampoco esta vez parpadeó Nat, ni se movió. Cruzó los brazos sobre el pecho, y se quedó mirando fijamente a Grace.

—¿Alguna cosa más, señorita Kenyon? —inquirió.

Grace Kenyon se mordió los labios, dio media vuelta, y salió corriendo del *bungalow*.

Whartok y los demás policías estaban todavía atónitos. Por fin, Whartok movió la cabeza, y volvió a señalar a Nat con un dedo.

—No olvides lo que te he dicho —gruñó.

Nat Mac Leod quedó solo, y entonces descruzó los brazos, se tocó ambas mejillas, y sonrió.

—Lo que no voy a olvidar mientras viva es esto… ¡Mi madre, vaya par de tortas! ¡Y pensar que parece una muñequita…!

Se dejó caer en un sillón, encendió un cigarrillo, y quedó pensativo, contemplando el humo. Había algo que era verdaderamente fantástico en aquel asunto: la gran suerte de su padre. A los demás los habían matado, sin concederles la menor oportunidad de supervivencia. En cambio, a Robert Mac Leod, con cuatro balazos, no consiguieron matarlo. Con toda lógica, eso no le habría gustado a alguien. Alguien que, en aquellos momentos, debía saber que Robert Mac Leod seguía con vida…

¡Trilíiinnnggg…!, sonó el teléfono. Sin el menor sobresaltó, Nat miró hacia la mesita donde estaba el aparato, y se puso en pie. Descolgó el auricular cuando estaba sonando la segunda llamada.

—¿Sí?

—¿Mac Leod? —Sonó una voz de hombre.

—Sí, soy yo. Diga.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado…

—Usted no es Robert Mac Leod, aunque su voz…

—Soy su hijo.

—Ah. Sí, su voz es muy parecida… ¿No está su padre?

—No.

—¿Cuándo volverá?

—No creo que regrese por esta noche.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—No lo sé. Pero dígame quién es usted, y si él llama le daré el recado. ¿Qué desea?

—¿Está ocurriendo algo?

—No… Claro que no. ¿Por qué?

—He llamado antes tres veces, y me han contestado personas desconocidas…

—Oh, amigos míos, no se preocupe. Una pequeña reunión.

—Entiendo. Bueno… ¿Cree que su padre le llamará a usted esta noche?

—Es más que posible.

—Bien… De acuerdo: dígale a su padre que ha llegado un barco llamado *Galeote*. Está surto en Pier 2, en los Municipal Docks. Lleva bandera dominicana.

—Muy bien. ¿Qué…?

Clic.

Nat apartó el auricular, lo miró con el ceño fruncido y colgó… Se quedó con la mano sobre el aparato, pensativo una vez más. Por fin, movió la cabeza negativamente. No, nada de llamar… En primer lugar, su padre no debía estar en condiciones de atender ninguna llamada, y por otra parte, nadie aceptaría comunicarle con él.

Descolgó el auricular, lo volvió a colgar, consultó el listín telefónico, y conseguido el número de una compañía de taxis, pidió uno.

CAPÍTULO VIII

El doctor Langley, que tenía aquel turno de noche en la sección del hospital donde estaba instalado Robert Mac Leod, movió la cabeza.

—Nada nuevo, señor Mac Leod: su padre sigue igual. Es demasiado pronto para poder asegurarle a usted que se salvará. Pero ya sabe usted que estamos haciendo todo lo posible. ¿Quiere café?

—No, gracias.

—Todavía no estoy muy acostumbrado a estos tumos de noche —se disculpó Phillip Langley—. Así que consumo café como si fuese agua. Espero acostumbrarme pronto…

¿Usted también es policía?

—No.

—Ah. Bueno, hay uno de uniforme a la puerta del cuarto de su padre, pero me preguntó para qué.

—Las circunstancias que rodean a mi padre en esta ocasión son un poco especiales…

¿No puedo verlo?

—Naturalmente que sí… —se sorprendió Langley—. Aunque supongo que no intentará usted hablarle, o algo parecido, como hacerle señas, pretender que él recupere el conocimiento…

—Claro que no —gruñó Nat—. Sólo quiero ver cómo está… ¿Me permitiría usted quedarme esta noche con él?

—¿Qué ganará con ello?

—Estaré más tranquilo viéndole respirar… sin parar.

—Bueno… ¿Por qué no? Esta clase de autorizaciones no solemos concederlas, se lo aseguro, pero su caso es distinto.

—¿Por qué? —se sorprendió Nat.

—Porque usted me resulta simpático… —sonrió Langley—. ¿A

qué se dedica?

—Vendo juguetes —sonrió Nat.

—¿De verdad? Caramba, qué profesión tan interesante para un hombre… ¿Está seguro de que no quiere café? Es bueno para mantenerse despierto, y si piensa estar toda la noche con su padre, lo va a necesitar.

—No —aseguró Nat.

—Como guste. Vaya, ¿qué le parece? ¡Un vendedor de juguetes! Usted es la clase de persona a la que mi hijo querría conocer.

—Espero que cambie de gustos cuando sea mayor —guiñó un ojo Nat.

El doctor Langley se echó a reír, abandonó su asiento, y señaló la puerta.

—¿Le parece que vayamos a ver a su padre?

El gesto de agradecimiento de Nat fue lo bastante expresivo para que no hiciesen falta palabras. Salieron del despacho del médico de turno, y poco después llegaban ante la puerta del cuarto que ocupaba el herido. El policía de uniforme apenas concedió una mirada al médico, pues la bata blanca era por demás explicativa, pero se quedó mirando a Nat como sorprendido.

Y cuando Nat iba a hablar, se adelantó:

—No me lo diga —sonrió—. Usted es el hijo del teniente.

—Buena vista —sonrió también Nat—. Voy a quedarme con mi padre esta noche, agente. Si quiere, puede ir a tomar un café.

—No, señor, gracias. Yo no me muevo de aquí por nada del mundo.

—Gracias —repitió Nat, en un susurro.

Entraron los dos en el cuarto. Robert Mac Leod yacía tan pálido e inmóvil que Nat dirigió una mirada de alarma al médico… Éste tomó el pulso al herido, y luego le alzó un párpado.

—No se preocupe —murmuró—: no ha empeorado… Y eso, en sus condiciones, es como si hubiese mejorado. Echaré un vistazo a todo esto.

Dedicó un minuto a examinar el perfecto funcionamiento de la administración de plasma y otros detalles, y acabó moviendo afirmativamente la cabeza.

—No se puede hacer más, por ahora. Periódicamente irá recibiendo las atenciones adecuadas. Pero escuche bien esto, señor

Mac Leod: si su padre reaccionase en algún sentido, no haga nada… No se le ocurra hablarle, o ciarse a conocer, o algo por el estilo.

Simplemente, llámeme. Me imagino que quiere usted a su padre, ¿no?

—Si.

El médico dio una palmada en un hombro a Nat, sonrió, y lo dejó solo con el herido.

Nat acercó una silla, y se sentó junto a su padre. Se quedó mirándolo fijamente…

Observando aquel rostro enérgico, que ahora parecía de cera. Sí, como los de esas figuras de cera que hay en algunos museos. Parecía que ni siquiera respiraba. Se inclinó sobre él, colocando una oreja sobre la boca y la nariz de su padre. Sólo así pudo percibir el débil aliento.

Volvió a acomodarse en la silla, y quedó inmóvil, dispuesto a esperar. No tenía prisa.

No tenía nada mejor que hacer con su vida en aquellos momentos. Y sabía muy bien que no necesitaba café ni ningún otro estimulante para mantenerse despierto aquella noche, y otra más, si fuese necesario…

Casi una hora más tarde, oyó en el pasillo un rumor, una voz, y se puso en pie en el acto, clavando la mirada en la puerta, que se abrió a los pocos segundos. Inmediatamente, se relajó, al ver aparecer a los dos enfermeros, uno de los cuales llevaba una bandeja en las manos. El otro cerró la puerta, y ambos se acercaron a la cama, mirando con gesto interrogante a Nat.

—Tengo autorización del doctor Langley para estar aquí —susurró Nat—. Soy su hijo.

Los dos enfermeros vacilaron, cambiaron una mirada. Luego, uno de ellos encogió los hombros.

—Está bien —aceptó.

El otro había dejado la bandeja sobre la cama, a los pies del herido, y tomó una jeringuilla y una aguja. Desde el otro lado de la cama, Nat lo observaba. Le vio unir ambas piezas, con cierta torpeza, y comenzar a succionar el contenido de una ampolla, con habilidad que le pareció más bien escasa… Acabó de llenar la jeringuilla, y se desplazó hacia la cabecera de la cama. El otro había retrocedido un paso, y miraba a Nat.

El de la jeringuilla se dispuso a clavarla en el brazo de Robert Mac Leod.

Y entonces, lo inesperado.

Y lo sensacional.

Nat Mac Leod efectuó un increíble salto por encima de la cama que le llevó casi hasta el techo, pero siempre hacia delante, en dirección al enfermero. Los resultados fueron catastróficos para éste: llegando hasta él en su prodigioso salto, Nat disparó su pie derecho tras haber flexionado la pierna, y el tacón del zapato dio en plena frente del hombre, derribándolo de espaldas como si hubiese recibido un cañonazo.

Nat cayó al otro lado de la cama, flexionando las piernas, apoyándose en aquélla de tal modo que la bandeja saltó, y cayó al suelo con un estrépito terrible en el silencio del hospital.

El otro había retrocedido un paso más, y estaba metiendo la mano bajo la bata, hacia el bolsillo derecho del pantalón, a toda prisa, tan precipitadamente que la acción resultó más dificultosa que si se hubiesen tomado las cosas con calma.

Y mientras tanto, Nat Mac Leod saltaba hacia él. Saltaba de verdad, volaba, más bien.

Pareció quedar suspendido en el aire, lanzando otro terrible taconazo, pero con peor fortuna, pues el enfermero había aprendido rápidamente la lección dada a su compañero.

Se apartó lo justo para que el pie de Nat golpease en la pared, que retembló y resonó como si fuese el parche de un tambor; en alguna parte, un cuadro se desprendió, cayó al suelo, el cristal se rompió…

Nat cayó de pie, giró, y quedó enfrentado al enfermero, que por fin había conseguido sacar su pistola con silenciador, y se disponía a disparar… La mano izquierda de Nat asió la muñeca del hombre, desviando así la dirección de disparo. La derecha fue hacia su garganta, como una punta de lanza, de abajo arriba, con la palma hacia arriba, los dedos doblados de modo que los cuatro formaban un solo punto de impacto, y el pulgar doblado sobre la palma… El hombre recibió el espantoso *tsuki* en el centro de la garganta, y emitió un extraño sonido:

—¡Gggllll…!

Al mismo tiempo, sus ojos mostraron solamente el blanco, y

salía disparado hacia atrás, soltando la pistola.

Nat se desentendió inmediatamente de él, volviéndose hacia el otro, que estaba arrodillado, sacando también su pistola. Sin pensarlo, saltó hacia él, volviendo a disparar su pie derecho, que alcanzó ahora al hombre en el centro del pecho, derribándolo. Aún estaba cayendo cuando Nat cayó sobre su pecho, alzó el puño, y lo dejó caer sobre la nariz del sujeto, que reventó en un surtidor de sangre.

El hombre lanzó un chillido, y se contorsionó con tal violencia que derribó a Nat de lado, pero sin poder evitar que lanzase otro golpe, que le partió ahora los dos labios. Y con su propio impulso hacia atrás, Nat giró, y se puso en pie de un salto, hacia el centro del cuarto.

El falso enfermero tuvo entonces una idea verdaderamente luminosa: en lugar de insistir en sacar su pistola, se dejó caer de rodillas, y asió la que había escapado de la mano de su compañero, girando hacia Nat.

Plop, disparó.

Nat Mac Leod se dejó caer, sencillamente como si se sentase en el suelo, y la bala pasó por encima de su cabeza, para rebotar en la pared. Y al mismo tiempo que caía, veía el taburete blanco, muy cerca de él. Llegó al suelo, giró, y de un puntapié envió el taburete hacia el hombre, con tal acierto que lo estrelló en su pecho, aplastando contra éste la mano armada. La muñeca se dobló, se oyó un crujido, y el hombre gritó, poniéndose en pie de un salto, mientras la pistola caía de nuevo al suelo.

En aquel instante, se abrió la puerta, y apareció el doctor Langley, desorbitada la expresión, mirando a todos lados… Él enfermero se había vuelto, y cargó contra él. Lo alcanzó con un hombro en el centro del pecho, y lo apartó de su camino como si fuese un muñeco de paja, derribándolo.

Salió a todo correr al pasillo, mientras Nat recogía la pistola, saltaba por encima del aterrado doctor Langley, y aparecía en el pasillo, mirando a derecha e izquierda. El enfermero corría hacia la izquierda, a toda velocidad, y Nat alzó la pistola…, justo en el momento en que aparecía una enfermera por detrás del fugitivo, en las escaleras, a todo correr.

El dedo de Nat quedó como súbitamente paralizado en el gatillo.

Si fallaba el disparo, podía herir o matar a la enfermera, que estaba prácticamente en la misma línea de tiro…, y, por cierto, en el camino del fugitivo, que pasó junto a ella propinándole un manotazo que la tiró contra la pared, gritando asustadísima.

Nat corrió detrás del hombre, llegó al principio del tramo de escalones…, y respingó y se echó a un lado, pues el otro había conseguido, finalmente, sacar la pistola que llevaba en el bolsillo derecho, con la mano izquierda, y se disponía a disparar. La imagen de Nat Mac Leod fue vista y no vista: desapareció en el momento en que el enfermero disparaba, y la bala pasó con seco chasquido para estrellarse en la pared.

Tras breve vacilación, Nat permaneció inmóvil, oyendo la estruendosa fuga de aquel sujeto… No. No iría tras él. No le obligaría a ir disparando, con riesgo de que matase a cualquier médico o enfermera, incluso a algún paciente del hospital que saliese a ver qué ocurría…

Que se marchase sin más complicaciones.

Ya no se oía la marcha del hombre. Nat se incorporó, y emprendió el regreso hacia el cuarto de su padre, tras dirigir una mirada a la enfermera, que yacía acurrucada, mirándole con los ojos muy abiertos.

—Venga conmigo —dijo—: quizá la necesitemos.

Enseguida, su mirada quedó fija en el agente de policía encargado de custodiar al teniente del Police Department. Yacía en el suelo, cerca de la puerta, de bruces. Junto a él estaba su gorra, y en la cabeza se veía una mancha de sangre. Se arrodilló a su lado, y le puso dos dedos en un lado del cuello. Estaba vivo, pero le habían abierto la cabeza con un buen porrazo, desde luego. Dos hombres con bata blanca y otra enfermera llegaban con prisa un tanto indecisa, temerosos, por el otro extremo del pasillo.

Nat entró en el cuarto de su padre, y vio al doctor Langley inclinado sobre el herido. Se colocó a su lado, jadeando todavía, y se quedó mirando ansiosamente el rostro de su padre. Notó las gotitas de sudor en la frente, y las retiró de un manotazo.

—¿Cómo está? —preguntó con voz alterada.

—Parece que igual… No se ha enterado de nada.

Nat recogió el taburete, lo colocó bien, y se sentó. Se dio cuenta de que aún tenía la pistola en la mano, y la dejó sobre la mesita de

noche.

El doctor Langley se había tranquilizado respecto al estado de Robert Mac Leod, y fue a examinar al hombre que parecía un enfermero, que yacía cara al techo, inmóvil, con los ojos muy abiertos y vueltos hacia dentro. En la puerta aparecieron los enfermeros a tiempo de oír decir a Langley:

—Está muerto… ¡Santo Dios!

Nat se acercó.

—Sería conveniente que atendiesen al policía —murmuró.

Se dedicó a registrar al hombre, sin prestar atención, a nada más, a nadie más. En pocos segundos tuvo la billetera en sus manos, y en ella encontró el permiso de conducir, a nombre de Jack Morley. Algo de dinero, y nada más, que mereciese interés especial.

Registró también los bolsillos del pantalón, y tocó algo suave, muy blando… Como goma, o algo parecido. Lo sacó. Era un par de guantes… extraños. Sí, de plástico, o de goma. Tan suaves que podían considerarse como una segunda piel para las manos que…

Se mordió los labios, y acercó más los guantes a sus ojos. Entonces vio las líneas marcadas en ellos. Líneas delgadas, que podían ser perfectamente confundidas con huellas digitales. Dejó los guantes a un lado, y tomó la mano derecha del falso enfermero.

Le subió la manga, hasta llegar al borde del guante, idéntico al que había encontrado en el bolsillo. En la mano izquierda llevaba otro guante igual. Pero, a simple vista, parecía que aquel hombre no llevaba nada, que lo que se veía era su propia piel…

La voz del doctor Langley sonó junto a él:

—Han llevado al policía a un cuarto. No tiene nada importante… Recuperará el conocimiento muy pronto, y le haremos un pequeño cosido en la cabeza.

Nat se incorporó, señalando el cadáver del falso enfermero:

—Que nadie toque a este hombre… ¿Desde dónde puedo telefonear?

—Venga a mi despacho… ¿Qué le pasó a este hombre? —señaló al muerto—. ¿Qué clase de golpe se dio, y contra que, para que le quedase la garganta reventada…?

—No tengo ni la menor idea —le miró Nat de reojo—. Con su permiso voy a telefonear.

CAPÍTULO IX

El capitán Whartok apareció en la puerta del cuarto y le hizo una seña a Nat, que se apresuró a reunirse con él en el pasillo. Junto a él habían quedado dos de los hombres que habían llegado al hospital minutos antes.

—Ellos dos se encargarán de vigilar a tu padre —dijo Whartok—. Yo voy a ocuparme de dirigir todo lo demás.

—¿Qué es todo lo demás?

—Lo primero que vamos a hacer es comprobar si esos guantes pueden dejar las huellas que pensamos. Luego…

—Es una manera como otra de perder el tiempo.

—¿Qué quiere decir?

—Podemos estar seguros de que así ha estado ocurriendo. Para eso robaron los cadáveres de Zeeman, Durhing y Hobson: para obtener moldes de sus huellas digitales, y poder fabricar esos guantes. Luego, tiraron sus cadáveres al mar, o los enterraron cualquiera sabe dónde. Jamás serán hallados.

—Seguramente, tienes razón… —admitió Whartok—, pero tenemos que hacer esa comprobación, Nat. Y si todo es cierto, creo que seguiremos sorprendidos: ¿por qué alguien pretende hacer creer en la venganza de unos muertos que escaparon de sus tumbas?

—Todo ese cuento va a terminar en cuanto ustedes cotejen las huellas del archivo con las de esos dos pares de guantes. Ese tipo, Jack Morley, debía dejar huellas de dos de los muertos, y el otro, el que escapó, sólo de uno. Llegaban a un sitio, dejaban huellas con los tres pares de guantes, y se quedaban tan campantes…, después de cometer su asesinato de turno, claro. Por cierto: ¿saben algo de las huellas que levantaron en casa de mi padre?

—Sí… Son de Zeeman, Hobson y Durhing, desde luego.

Nat Mac Leod soltó un bufido:

—¡Qué estupidez!

—Sí que lo es… Pero una cosa no admite dudas: alguien se está dedicando a vengar a esos tres hombres. Lo único absurdo de esto es que hayan recurrido a todo este tinglado macabro de los muertos que matan. Por lo demás, yo no tengo la menor duda: quieren venganza.

—Pero no la viuda de Zeeman ni la hija de Hobson, se lo garantizo.

—Entonces, ¿quién?

—¡Y yo qué sé! Usted es el policía, ¿no?

—Pero no he hablado con esas dos mujeres.

—Pues hágalo…, si es que tiene ganas de perder el tiempo. Por mi parte, estoy seguro de que el asunto va por otros derroteros.

—Me ocuparé de esto a su debido tiempo. Ahora, quizá sería conveniente que vinieses conmigo al Departamento.

—¿Para qué? —Lo miró Nat con desconfianza.

—Para ver si en nuestros archivos encuentras la fotografía del hombre que se te escapó. El muerto no va a servirnos de nada, supongo… De todos modos, también veremos si está en lo archivos… ¿Recordarás al otro si ves su fotografía?

Nat Mac Leod abrió la boca, en el principio de un gesto sarcástico, casi brotando ya de su boca una respuesta…, pero se limitó a decir:

—Sí.

—Bien, pues vamos allá.

—Estaba pensando que quizá sería conveniente trasladar a mi padre a otro sitio. Esa gente sabe dónde está, y quizá lo intenten de nuevo.

—Eso tendrás que consultarlo con el médico, Nat.

Pero el doctor Langley no quiso ni oír hablar de ello.

—Escuche, muchacho, ya ha sido milagroso que no haya sufrido daño alguno mientras usted y aquellos dos hombres lo destrozaban todo por dentro… Milagro auténtico, créame. Ahora bien, si a su padre lo movemos de esa cama aunque sólo sea media pulgada, yo no doy por su vida ni un centavo. ¿Está claro?

Nat asintió con la cabeza, preguntando al mismo tiempo:

—¿Y cuánto da ahora por su vida?

—Cinco centavos… —murmuró el médico—. Pero dentro de unas horas quizá me atreva a dar algunos cientos de dólares…, si no lo tocamos de donde está.

—Entiendo. No lo moveremos. Son —miró su reloj— casi las cuatro de la madrugada…

¿A qué hora puedo llamar para saber cómo sigue?

—Llame hacia las ocho. Mejor unos minutos antes. A las ocho termina mi turno.

—De acuerdo. Muchas gracias, por todo, doctor.

—No se merecen… Señor Mac Leod…

—¿Sí?

—Mire… Yo sigo intrigado respecto al modo en que murió aquel hombre que se hizo pasar por enfermero.

—Bueno… Sospeché de él, porque manejaba la jeringuilla peor que yo una aguja de coser.

—Sí, sí… Está bien. Pero…, ¿cómo murió? ¿Contra qué cosa y cómo se golpeó de aquel modo en la garganta?

—… Dido… co… te…

—¿Cómo dice?

—… Co… te…

El doctor Langley y el capitán Whartok miraban estupefactos a Nat.

—Perdone —casi tartamudeó el médico—, pero no entiendo lo que dice…

—¡Que he aprendido un poco de karate! —masculló Nat.

—¿Quiere decir… que lo mató usted… de un golpe? —Sólo tengo un padre— dijo sombríamente Nat Mac Leod.

Se metió las manos en los bolsillos y echó a andar pasillo adelante.

CAPÍTULO X

Poco después de las cinco de la mañana, Nat Mac Leod alzó la cabeza, dejando de mirar las fotografías en aquel librote que un policía había colocado ante él, sobre la mesa del capitán Whartok. Apenas llegar al Pólice Department había «dictado» el rostro del hombre que había escapado a un dibujado, y pronto tendrían copias para ser distribuidas.

Los retratos-robot eran útiles, en ocasiones.

Luego, mientras Whartok dirigía la operación de toma de huellas de aquellos guantes para comprobarlas con las que constaban en los archivos de Zeeman, Durhing y Hobson, él se había dedicado a repasar los librotes llenos de fotografías. Si encontraba allá a alguno de los dos falsos enfermeros podrían disponer de una pista que quizá les ayudase…

—Está bien —dijo tras alzar la cabeza—, lo he pensado detenidamente, y creo que debo decirlo, aunque no parece que esté relacionado con esto.

El capitán Whartok, que no tenía precisamente buen aspecto, se quedó mirándolo sorprendido.

—¿A qué te refieres?

—A esa llamada que le hicieron a mi padre, y que yo tomé.

—¿Qué llamada? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Fue poco después de marcharse ustedes del *bungalow*… Cuando lo de los tortas que me regaló la agente Kenyon, ¿recuerda?

—Vaya que sí —casi sonrió Whartok; pero su sonrisa se esfumó rápidamente—. Espera un momento. Mientras estábamos allí trabajando en lo de las huellas, un hombre llamó dos o tres veces preguntando por tu padre… ¿Te refieres a ese hombre?

—Sí. Le dije que no sabía cuándo volvería mi padre, ni cómo

localizarlo. Le convencí para que me diese el recado. Dijo que debía decirle a mi padre que había llegado un barco llamado *Galeote*, con bandera dominicana, y que está en el Pier 2 de los Municipal Docks.

—¿Y qué más? —exclamó Whartok.

—Colgó después de decir esto. ¿Cree que puede tener algo que ver con el asunto que nos ocupa?

Wallace Whartok estaba como ensimismado, con los ojos muy abiertos, como viendo más allá de los límites humanos. Parpadeó lentamente, y se pasó una mano por la frente, fatigado.

—No lo sé… Pero será conveniente que nos interesemos por ese barco, supongo. ¿No te dijo su nombre, ese sujeto?

—No. Imagino que debe ser uno de esos confidentes que tanto ayudan a veces a la policía… ¿No le parece?

—Es lo más probable. Sigue mirando fotografías… Yo voy a poner en marcha una orden de registro de ese barco —miró su reloj —. Pero mucho me temo que tendremos que esperar bastante para tenerla. Sólo son las cinco de la mañana. ¡Qué demonios, voy a ocuparme de eso ahora mismo! Llamaré al… —Adelantó la mano hacia el teléfono, pero la retiró vivamente—. No. Iré personalmente. No quiero que me recuerden que son las cinco de la mañana y me cuelguen el teléfono. Sigue con eso, Nat.

—De acuerdo.

Whartok salió de su despacho, y Nat continuó mirando fotografías, tras encender un cigarrillo. Miró el teléfono, vaciló, y decidió no llamar. Habían dos policías con su padre, dos compañeros que lo apreciaban tanto como todos los que trabajaban con Robert Mac Leod…, y ya estaban sobre aviso. No habrían más sustos… por aquella noche.

Hacia las siete y media, terminó de mirar fotografías. No había conseguido nada, y comenzaba a sentirse ligeramente fatigado como fruto directísimo del aburrimiento. Salió del despacho de Whartok, y fue a los lavabos, donde se lavó la cara y se peinó con los dedos, mirándose críticamente al espejo.

—Evidentemente —se dijo—, tengo cara de buen muchacho.

Cuando regresó al despacho de Whartok, éste aún no había regresado. Pero sí estaba allí la agente detective Kenyon, ante el hornillo eléctrico, con la cafetera en una mano.

Parpadeó al ver a Nat, el cual se dirigió directo al teléfono, para

llamar al doctor Langley…

Cuando colgó, el rostro de Nat Mac Leod mostraba una estupendísima sonrisa de alegría.

—¿Café? —ofreció Grace, mostrando la cafetera en alto.

—Si no está envenenado, sí.

Ella sirvió en dos potes, y los llevó a la mesa del capitán. Se quedó mirando fijamente a Nat.

—Me alegro mucho —musitó.

—¿De qué?

—Es lógico que haya escuchado su conversación con ese doctor Langley… Parece que su padre va mejorando.

—Solamente me ha dicho que pagaría por él mil dólares…, pero que no hay que cantar victoria todavía.

—¿El doctor Langley pagaría mil dólares por su padre? No lo entiendo.

—Yo sí. Un momento… ¿Quién es usted ahora? ¿La agente detective Kenyon o la señorita Kenyon?

—La agente detective Kenyon: acabo de entrar en servicio.

—Ah, bueno… —Nat se pasó una mano por las mejillas—. A mí me gusta más la agente Kenyon, francamente. Al menos, uno sabe a qué atenerse.

—¿Y la señorita Kenyon no le gusta?

—Ni pizca. Para que llegase a gustarme tendrían que programarla de nuevo.

—¡Yo no soy un robot, ni una muñeca, para ser programada a gusto de nadie! ¡Si usted…!

—Oiga, oiga… —Frunció el ceño Nat—. ¿En qué quedamos? ¿Es usted la agente Kenyon o la señorita Kenyon? Si es la primera, podemos seguir charlando. Si es la segunda, me largo.

—Ya le he dicho que soy la agente Kenyon.

—Entonces, tengamos la fiesta en paz. Hermoso día de primavera, ¿verdad?

—Sí… Muy hermoso. ¿Por qué no le gusta la señorita Kenyon?

—Porque sacude unas tortas de espanto, agente Kenyon… Y porque, como ya le he dicho, su programación mental es deficiente.

—¿Quiere decir que está… loca? —Enrojeció Grace.

—Ah, no… ¡Eso no, caramba! Pero yo diría que le falta equilibrio emocional. Además, es rencorosa. ¡Cht, cht, cht, cht…! —

Chascó la lengua Nat—. No, señor, no me gusta nada.

—¿Cómo tendría que ser para que le gustase?

—Pues… En primer lugar, eso de andar por ahí repartiendo tortazos, está muy feo. No resulta muy femenino… Estaría bien en la agente Kenyon, claro, pero no en la señorita Kenyon. Luego… ¡Huyyyy…! ¡La de cosas que habría que arreglar en la señorita Kenyon!

—¿Por ejemplo? —Se impacientó Grace.

—Tendría que ser dulce, dulce, dulcísima… Sonreír como si estuviese dispuesta a dejarse decapitar por el hombre que amase, no alterarse por nada, comprenderlo todo, no ser rencorosa…

—Señor Mac Leod: usted está… fabricando una muñeca.

—¡Ahí quería ir yo a parar! Para que la señorita Kenyon me gustase, tendría que ser eso: una deliciosa muñequita programada especialmente según mis deseos. —¡Pues no tiene usted pocas exigencias…!

—Psé. Es posible. Mientras tanto, si la señorita Kenyon me conociese un poco mejor, estoy seguro de que se dejaría programar por mí.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo podría ella conocerle mejor?

—Agente Kenyon…, ¿le daría usted un recado de mi parte a la señorita Kenyon? Es para que ella me conozca mejor. ¿Querría hacerlo, por favor?

—Sí… Sí, con mucho gusto.

Nat Mac Leod asintió con la cabeza, dejó el pote con café, se acercó a la agente detective Kenyon, y la abrazó por la cintura, lentamente. La atrajo hacia él, y la besó en los labios… Primero levemente. Luego, a toda máquina.

Hermosa mañana.

Primavera.

Buenas noticias para el hijo de Robert Mac Leod.

Un «recado» para la señorita Kenyon…

Cuando el «recado» terminó, Nat Mac Leod se encontró con la agente Kenyon poco menos que desvanecida en sus brazos, cerrados los ojos, entreabierta la boquita…, y con el capitán Whartok en la puerta de su despacho, mirándolos con el ceño fruncido.

—Ah, capitán… —sonrió Nat—. ¿Ya de vuelta?

La agente Kenyon respingó fuertemente, abrió los ojos, se separó

de Nat de un salto, y corrió hacia el hornillo eléctrico, tartamudeando:

—Le… le he preparado su café, capitán…

—Muchas gracias, agente Kenyon —deslizó Whartok.

—Buenas noticias —dijo alegremente Nat.

—No me las digas —alzó las cejas Whartok—: ¿te vas a casar?

—Eso serian malas noticias… No. Mi padre está mejorando, según parece.

—¿De veras? Por Dios, cuánto me alegro… ¿seguro?

—Es lo que me ha dicho el doctor Langley. En cuanto a los dos enfermeros, no los he visto en sus libros. ¿Qué hay de lo demás?

—Las huellas de los «guantes» corresponden a James Zeeman y David Durhing —asintió Whartok—. Es decir, que el que escapó llevaba guantes con las huellas de Michael Hobson, evidentemente… Todo concuerda con nuestras suposiciones…, aunque seguimos sin saber qué se proponen con esa tontería de los muertos que matan. En cuanto a la jeringuilla que se rompió, con la que estaban a punto de inyectarle a tu padre, contenía veneno, que habría actuado en menos de un minuto, directamente sobre la sangre. Y una noticia que te va a interesar mucho: la pistola que le quitaste al enfermero que se quedó allí es una de las que dispararon contra tu padre… Sus balas han sido examinadas en Balística.

—Eso quiere decir que el tipo aquel, el tal Jack Morley, fue uno de los que dispararon contra mi padre… ¿No…?

—Parece evidente que sí —asintió Whartok, tomando el pote de café que le tendía Grace—. Mientras tanto, tengo la orden de registro para el *Galeote*. No ha sido fácil, ya que es un barco de matrícula extranjera. Iremos ahora mismo.

—Supongo que puedo ir con ustedes —pidió Nat.

Wallace Whartok abrió la boca, la cerró… Tuvo que volver a abrirla para tomar el café.

Dejó el pote sobre la mesa y dijo:

—De acuerdo.

—¿Permite que los acompañe? —se sorprendió Nat.

—Es el mejor modo de saber por dónde andas. Pero no entrarás en el barco: no quiero que mates a otro hombre.

Grace Kenyon quedó lívida.

—¿Nat ha… ha matado… a… a…?

—Parece ser que ha aprendido un poco de karate —informó Whartok.

—¿También karate?

—¿Qué significa eso de «también»?

—Me dijo que sabe judo, y… Bueno…

Wallace Whartok se quedó mirando a Nat como si éste, de pronto, fuese una persona desconocida.

—Vaya… ¿Y qué más cosas sabes… que tu padre y yo no sabemos que sabes?

—Sé cocinar, filosofar y programar muñecas —masculló Nat.

—¿Qué te parece? —Whartok se rascó la coronilla—. Sí, decididamente, será mejor que vengas con nosotros. No quisiera dejarte marchar y que cuando nosotros llegásemos al *Galeote*, tú ya hubieses pasado por allí.

CAPÍTULO XI

El capitán del *Galeote* era un norteamericano llamado Alan Lindfors, un tipo con cara de pocos amigos, y que se quedó estupefacto cuando Wallace Whartok le mostró la orden de registro del barco.

—¿Y qué demonios buscan ustedes? —Gruñó.

—¿Se opone usted, capitán? —Frunció el ceño Whartok.

—Claro que no… Y si quieren les presto unas cuantas escobas, para que de paso me vayan limpiando el barco…, cosa que no hacen esta pandilla de gandules.

Señaló a los marineros, que mostraron una sonrisita de guasa. Algunos de ellos parecían también norteamericanos, pero esto no resultaba en modo alguno sorprendente, teniendo en cuenta que lo era el capitán del barco.

El ceño de Whartok se frunció aún más al captar aquellas sonrisitas, pero su propósito era firme. En la cubierta quedaron dos agentes de uniforme, mientras varios más de éstos, el propio Whartok y algunos detectives bajaban al interior…

En el muelle, de pie junto al coche de Whartok, con los brazos cruzados sobre el pecho, Nathaniel Mac Leod miraba hacia el barco, y sus ojos parecían ir fotografiando uno tras otro a los tripulantes, que parecían tomarse con admirable filosofía el registro.

De vez en cuando, Grace, también de pie a su lado, lo miraba de reojo, reparando en la aguda barbilla del vendedor de juguetes, en sus manos grandes, nudosas, y en el seco pliegue de su boca. Sin duda alguna, Nat Mac Leod era un extraño vendedor de juguetes…, capaz de matar a un hombre de un solo golpe.

—No encontrarán nada —dijo de pronto Nat.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque esto que tengo aquí —se señaló Nat—, es una nariz, y

esto otro son un par de ojos. Con la nariz, huelo; con los ojos veo, claro… No encontrarán nada.

Efectivamente.

Casi una hora más tarde, Whartok y sus hombres abandonaron el barco, seguidos por las irónicas miradas de sus ocupantes. El capitán no parecía precisamente de buen humor cuando se detuvo junto al coche.

—Está bien… —masculló—. Ya hemos perdido bastante tiempo. Y hay muchas cosas por hacer. Por ejemplo —miró a Nat—, avisar de una vez a las personas que formaron el jurado.

—Genial idea —aprobó Nat, muy amable—. Supongo que no me necesita para nada, capitán.

—¿Adónde pretendes ir ahora?

—A casa. Si nadie se opone, quiero ducharme, afeitarme, robarle una camisa a mi padre, y presentarme en el hospital, a ver si la cotización por su vida sigue en alza.

¿Desacuerdos?

—Si eso es lo que vas a hacer, no. Sube. Te llevaré…

—Tomaré un taxi. No quiero hacer perder más tiempo a la policía. Adiós… Adiós, agente Kenyon: no olvide darle mi recado a la señorita Kenyon.

Se alejó del coche policial con las manos en los bolsillos, como el más despreocupado paseante. Muy pronto encontró un taxi libre. Y veinte minutos después estaba ante el *bungalow* de su padre. Entró, se fue directo a la ducha, y luego procedió a afeitarse, silbando alegremente. Cuando un hombre que ha recibido cuatro balazos inicia la mejoría, la cosa no admite demasiadas dudas: no se iba a quedar huérfano.

«En cambio —pensó, dejando de afeitarse para contemplarse con aquella expresión crítica—, puede que alguna madre se quede sin hijos, si les echo la vista encima a ciertos sujetos».

Todavía no había terminado de afeitarse cuando al cuarto de baño llegó el sonido del teléfono. Fue allá.

—¿Sí?

—No han encontrado nada, ¿verdad?

—Ah… Hola, amigo. Pues no: la policía no ha encontrado nada en el *Galeote*. ¿Cómo lo sabe?

—Porque estuve merodeando por allí… Y una hora antes de que

llegaron ustedes, hubo otra visita en el barco. Tres tipos, que al poco salieron llevando unos paquetes, se metieron en un coche, y se fueron.

—¿Adónde?

Se oyó una risita al otro lado.

—Sebal Lake, Calle 51. Es un *bungalow*…, pero más caro que el de su padre. Al final de Biscayne Boulevard… ¿Sabe dónde es?

—Sí.

—He sabido lo de su padre… Lo siento. ¿Cómo está?

—Parece que se pondrá bien.

—Sería mejor que se muriese.

Nat Mac Leod apretó los labios un instante.

—Me gustaría charlar con usted de ese tema frente a frente —propuso, con tono seco.

—Usted no me ha entendido, muchacho… Le estoy dando un consejo: saque a su padre del hospital, escóndalo bien… Diga que ha muerto, y escóndalo en cualquier lugar seguro. ¿Me comprende? Y no confíe en nadie, todos tienen que creer que ha muerto.

—Quizá sea una buena idea. Con la ayuda de la policía…

—No.

—¿No?

—Le he dicho bien claro que no confíe en nadie. En ese «nadie» incluyo a la policía.

Usted verá lo que hace.

Clic.

Nat Mac Leod se quedó inmóvil durante más de un minuto, con el teléfono en la mano. Por fin, lentamente, colocó el auricular en su soporte, y regresó al cuarto de baño. Terminó de afeitarse, impávido.

Luego se vistió, tras escoger una de la camisas de su padre, que casi era de su medida, y se puso una corbata de lo más serio, siempre mirándose sin verse en el espejo. Cuando estuvo listo, se sentó junto al teléfono, y de la mesita tomó la guía telefónica. En menos de dos minutos encontró el número que buscaba y lo marcó.

—¿…? —contestaron a los pocos segundos.

—Perdón, señora… ¿Vive aquí el doctor Langley?

—…

—Sí… Supongo que está durmiendo un poco… Lo siento de

veras, peto es muy urgente.

Dígale que le llama el vendedor de juguetes.

—¿…?

—No… —sonrió Nat, divertido—. No se trata de ninguna extraña oferta. Por favor, señora, tengo que hablar con él… Sí, espero. Muchas gracias.

A los pocos segundos, Nat Mac Leod estuvo en contacto con el adormilado doctor Langley… Y diez minutos después, salía del *bungalow*, fruncido el ceño. Pero su gesto se aclaró ante la pequeña sorpresa que le esperaba en el porche.

—Caramba… —exclamó—. ¡La agente detective Kenyon! ¿Me trae alguna respuesta de la señorita Kenyon?

Grace movió negativamente la cabeza, preguntando:

—¿Adónde va, señor Mac Leod?

—Pues a… Oiga, ¿y a usted qué le importa?

—Tengo órdenes del capitán Whartok para no perderlo de vista. Si tiene algo que decir, dígaselo a él. Yo me limito a cumplir órdenes: no olvide que soy la agente detective Kenyon.

—¿De modo que el capitán teme que me meta en algún lío? Bueno, supongo que puedo ir a visitar a unos amigos, ¿no?

—Sin duda alguna. Yo iré detrás de usted, en mi coche.

—Ya… Bueno, tengo una idea mejor. ¿Por qué no me lleva? Me ahorraré el dinero del taxi. Y ya sabe: unos centavitos por aquí, otros por allá… Hay que ahorrar para la vejez.

¿Puede llevarme a la 51 Street de Sebal Lake?

—Desde luego.

—Pues al volante, agente Kenyon.

CAPÍTULO XII

Casi media hora más tarde, a una seña de Nat, Grace Kenyon detenía el coche en la amplia calle, orillada de palmeras. Ella se quedó mirándolo extrañada.

—Aquí no hay ninguna casa —dijo.

—No importa. Aquí estamos bien —señaló hacia adelante—. Tiene que ser aquel *bungalow*. Precioso, ¿verdad…?

La muchacha miró, vio la bonita construcción rodeada de jardín y palmeras, y asintió, mirando de nuevo a Nat.

—¿Qué quiere decir con eso de que «tiene» que ser ése? ¿No está seguro de dónde viven sus amigos?

—Sólo por referencias. Es la primera vez que voy a venderles juguetes. No, no* —la detuvo en su intento de seguir adelante—. Aquí estamos bien.

—¿No piensa ir a la casa?

—Luego. Ahora tengo que pensar un ratito…, mientras doy un paseo. Usted espéreme aquí.

Salió del coche, metió las manos en los bolsillos, y caminó hacia la casa, como dando un tranquilo paseo a pleno sol. Cosa muy agradable y saludable en primavera. Al volante del coche, Grace le observaba con gran atención. Si pensaba que iba a engañarla, que podía dejarla allí esperando como una tonta mientras él escapaba de su vigilancia… En cuanto Nat hubo rebasado el *bungalow*, ella puso en marcha el coche, y fue hacia allá. Lo vio dando la vuelta por la calle de atrás, pero sin mirar hacia la casa. Al menos, aparentemente.

La llegada de un camión la distrajo. Un camión pintado de blanco, que precisamente entraba en el jardín del *bungalow*, para detenerse ante éste. En un lado se veían, muy grandes, de color

azul, las letras «Kendres Milk». Un camión de reparto de leche…

Se desentendió de él, y volvió a mirar a Nat… Es decir, hacia donde lo había visto segundos antes.

Ya no estaba.

La agente Kenyon respingó, dio más velocidad al coche, y pasó al otro lado de la calle, mirando a todos lados. Ni rastro de Nat Mac Leod. Llevó la mano hacia el radioteléfono, pero sólo encontró el vacío… Había olvidado que estaba en su coche privado, no en uno de la policía. Al pensar en lo que iba a decirle Whartok cuando le dijese que Nat se le había convertido en humo, la muchacha palideció.

Dio la vuelta por aquella calle, para regresar a la 51. Habían dos hombres descargando cajas con botellas de leche, del camión. En la puerta de la casa, otros dos hombres se hacían cargo de las cajas, y las entraban en la casa… Apareció una mujer, una morena alta, esbelta, de grandes ojos… Dijo algo, y los hombres asintieron.

Grace Kenyon casi estaba sudando de angustia. ¿Dónde se había metido Nat Mac Leod? Era imposible que se hubiese marchado de allí, le habría visto. Pero la idea de que la había dejado contemplando una descarga de botellas de leche mientras él se alejaba se iba afianzando en su mente. Pero…, ¿cómo había podido hacerlo?

—No es posible… ¡Tiene que estar por aquí!

Dio otra vuelta por la calle de atrás. Cuando regresó a la 51, el camión de la casa Kendres Milk ya no estaba allí. Pero vio a la mujer, subiendo a un coche, con un hombre.

El otro estaba al volante. Seguramente, habían estado esperando recibir la leche, y una vez colocada en la despensa, se iban a sus asuntos. ¡Santo cielo, qué modo de perder el tiempo mientras Nat Mac Leod debía estar muy lejos de allí, riéndose de ella!

Vio salir el coche, deslizándose suavemente por el sendero del jardín. Por supuesto que ni eran amigos de Nat ni le esperaban, pues de otro modo no se marcharían.

Detuvo el coche, reflexionó unos segundos, y luego dio la vuelta, para regresar al lugar donde Nat se había apeado. Llegó allí, se detuvo, y se pasó una mano por la frente. ¿Cómo iba a explicarle al capitán Whartok que…?

La portezuela de su derecha se abrió, y Nat Mac Leod entró en el

coche, sentándose a su lado. Cuando Grace lo miró, no poco sobresaltada y aún más sorprendida, su mirada pareció chocar con la durísima que le dirigía Nat Mac Leod.

—Maldita sea Su estampa, agente Kenyon… —masculló él—. ¿No sabe hacer una cosa tan simple como es quedarse esperándome?

—¿De… de dónde… sale usted…?

—¡Cierre la boquita, y salga detrás del coche en el que iba la morena! ¡Vamos, ya!

—Pe… pero…

—¡Arranque!

Grace Kenyon obedeció. Pero fue inútil, ya no pudieron ver el coche de la morena. El evidente malhumor de Nat había desaparecido como por arte de magia. De nuevo estaba amable y sereno, poco menos que impávido.

—Está bien, vuelva allá.

—¿Adónde?

—A la Calle 51. El *bungalow*… Pero no se acerque demasiado. Luego, se va a quedar quietecita en el coche, o cuando la vuelva a ver le voy a dar una torta que valdrá por una docena de las suyas. ¿Me explico? Y si va a decirme que estoy hablando con un policía, olvídelo: no me impresionará. Dele a las ruedas, linda.

Grace Kenyon se sentía incapaz de hablar. No sabía si por la indignación, el asombro, el desconcierto…, o, simplemente, porque no se le ocurría la idea de que podía desobedecer a Nat.

Volvieron al mismo sitio desde el cual veían el *bungalow*, y Nat miró fijamente a Grace.

—Usted va a esperarme aquí: no olvide lo de la torta.

Se apeó, y echó a andar hacia la casa, dejando a la muchacha indecisa como nunca en su vida. Pero pronto se tranquilizó respecto al paradero de Nat cuando le vio entrar en el jardín del *bungalow* Al menos, sabía dónde estaría.

Por su parte Nat cruzo rápidamente el jardín, pero no hacia la puerta, sino hacia un lado de la cabaña de lujo. Llegó a una ventana, la probo, y se alejó de ella, hacia la siguiente. Tiró de ella hacia arriba y la ventana se alzó. Sin la menor vacilación, entró.

Estaba en un dormitorio. Caminó sigilosamente hacia la puerta, la abrió, y apareció en el pasillo, lo recorrió hasta llegar al *living*,

que estaba en penumbra, pues las persianas estaban casi completamente cenadas.

Se orientó hacia la cocina. Allí había un poco más de luz, y vio inmediatamente las botellas de leche, sobre una mesa adosada a la pared. Se acercó, destapo una de las botellas, y comenzó a vaciarla en la pileta. Solamente se oía el glu-glu-glu de la leche al salir de la botella… Cuando ésta quedó vacía, Nat se quedó mirando la mancha blanca en la pileta. Luego miró la botella, y frunció el ceño. La dejó a un lado, se volvió para tomar otra…, y respingó al ver al hombre en la puerta de la cocina, apuntándole con una pistola, que sostenía con la mano izquierda. La derecha la tenía vendada, y colocada dentro de la camisa.

Además de estar herido en la mano derecha, aquel hombre tenía la nariz increíblemente hinchada, y la boca hecha papilla. Pero lo reconoció inmediatamente: era el «enfermero» que había escapado aquella madrugada.

—Caramba… —sonrió Nat—. Parece que lo dejé en bastante mal estado, amigo.

El hombre le contemplaba con ojos relucientes de odio.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —Presunto ásperamente.

—En taxi. Verá, salí a la calle, vi un taxi, lo llamé y le dije…

—¿Quiere que le meta una bala en la cabeza?

—Le sugiero que lo piense bien… —musitó Nat—. Yo no soy ningún imbécil.

—¿No ha venido solo?

—Observo que tampoco usted es imbécil.

El hombre se pasó la lengua por los labios, muy cuidadosamente, por cierto.

—Vuélvase —dijo con voz apenas audible.

—Lo de darme un golpe ya es otra cosa —admitió Nat—. Pero me atrevo a sugerirle que conversemos. Quizá lleguemos a un acuerdo interesante.

—Le he dicho… que se vuelva…

—Tranquilo, tranquilo… Prefiero un trastazo a un balazo. No se me ponga nervioso.

Se volvió de espaldas, alzando los brazos. Oyó las pisadas del hombre tras él, y fue calculando la distancia que los separaba. En un momento dado, aquel hombre debería estar lo bastante cerca de

él para golpearle. Es decir, que al mismo tiempo estaría al alcance de sus puños. Lo único que tenía que hacer, era adivinar el momento exacto en que fuese a golpearle en la cabeza; o sea, el momento en que tendría en alto la pistola, apuntando al techo…

En apariencia tranquilo, pero con todos los músculos en tensión, Nat Mac Leod estuvo esperando este momento. Dejó de oír los pasos del hombre, pero cuando aún no estaba lo bastante cerca de él. O al menos, así lo parecería.

Y de pronto, notó el golpe en la espalda. Un golpe blando y pesado, más bien un empujón… Se volvió velozmente, lanzó la mano izquierda en arco por delante de él para desviar el golpe tan esperado, preparó la derecha rara golpear Y el hombre se desplomó a sus pies, como muerto.

Se quedó ante los pies de Nat, encogido, inmóvil. La pistola había escapado de entre sus dedos.

Durante unos segundos, Nat se quedó contemplando estupefacto al sujete. Luego, se miró el puño, no menos estupefacto. ¿Podía ser posible que fuese tan rápido que hubiese golpeado al hombre sin darse cuenta él mismo de que lo hacía?

De un puntapié alejó la pistola. Luego, puso una rodilla en tierra, y le dio la vuelta al sujeto, dejándolo cara al techo Lo primero que vio fue sus ojos, muy abiertos. Luego, la espuma de color verde claro entre sus magullados labios. Todavía sin comprender lo que sucedía, puso los dedos en un lado del cuello del sorprendente enemigo.

Estaba muerto.

La mirada de Nat permanecía ahora fija en la espuma de color verdoso que había en la boca del reciente cadáver. Por fin, movió la cabeza, y decidió a registrarlo. Pero no llevaba nada en los bolsillos de los pantalones, a excepción de un pañuelo.

Se incorporó, salió de la cocina, y se dispuso a ir mirando en los dormitorios, ahora con la pistola del muerto en la mano.

En el segundo dormitorio que miró, vio la cama con señales de haber sido utilizada, pero sin abrir. Simplemente, alguien había estado echado allí, descansando. Sobre un silloncito, había una chaqueta.

Se quedó mirándola, mientras pensaba… Sí. Aquel hombre había estado tumbado en la cama, descansando. Debía encontrarse mal,

no ya por los golpes recibidos en pleno rostro, sino por el dolor que debía producirle la muñeca derecha rota. Estaba allí, descansando, y le había oído. Luego, había esperado el momento oportuno para amenazarlo… y cuando se disponía a golpearlo, había caído muerto.

Sorprendente.

Se acercó a la chaqueta, la registró, y en ella sí halló documentación, a nombre de Morris Granger. Bueno, no ganaba nada enterándose de cómo se llamaba el sorprendente sujeto, desde luego.

De pronto, vio el pequeño frasco de cristal sobre la mesita de noche. Se acercó a mirarlo, pero sin tocarlo. Era de tabletas calmantes. Sí, debía haber estado sufriendo considerablemente debido a la muñeca rota…, así que había estado tomando calmantes.

¿Le habían producido la muerte, quizá, un exceso de calmantes?

Volvió junto al cadáver, y con la punta de un dedo tocó la espuma verdosa ligerísima.

Se la llevó a los labios, y en el acto palideció.

—Cianuro…

Las ideas se fueron aclarando en la mente de Nat Mac Leod.

No podía ser de otro modo… Aquella morena, y los dos sujetos que se habían marchado en el coche con ella, habían envenenado a Morris Granger antes de marcharse.

De un modo u otro, le habían engañado. Quizá colocándole una tableta falsa, quizá dándole café con cianuro… Sí, esto tenía sentido. Sabían que el tal Granger había sido visto en el hospital, que podría ser identificado más adelante… Y habían considerado que era mucho más conveniente eliminarlo. Decidido esto, era mejor envenenarlo y largarse que quedarse allí, o querer matar a balazos a un sujeto peligroso que tenía una pistola…

Miró la pistola que tenía en la mano, y su gesto se nubló: tenía entre sus dedos una de las armas con las que habían disparado contra su padre.

La introdujo en su cintura, entre los pantalones y la camisa, y miró las botellas de leche.

No iba a encontrar nada en ellas, estaba seguro ahora. Por otra parte…, ¿qué esperaba encontrar?

Con toda cochaza, se puso a buscar por la cocina, removiéndolo todo, pero con tal cuidado que ni el más pequeño objeto quedó desplazado de su lugar habitual.

Cuando abrió el último armario estaba ya decepcionado, y convencido de que estaba perdiendo el tiempo. Alzó las cejas al ver los botes de conservas, tarros de cristal con mermeladas y frutas, grandes botes de plástico con flores pintadas: harina, azúcar, arroz, café…

Abrió las dos puertecillas de abajo. Más harina y más azúcar, en saquitos. Abrió uno de ellos, metió un dedo, y luego se lo llevó a la boca, distraído y fastidiado. Se quedó petrificado.

—Esto… ¡esto es cocaína!

La probó de nuevo, y ya no le cupo la menor duda. Abrió otro saquito, probó su contenido, y lanzó una exclamación. Luego, acuclillado, se quedó mirando aquellos saquitos, con expresión atónita, mientras en su mente las cifras comenzaban una danza que arrojó una cantidad considerable: si todo el contenido de aquellos saquitos era cocaína, tenía ante él alrededor de seis millones de dólares.

Se echó hacia atrás, y quedó sentado en el suelo.

—Veamos, veamos… —reflexionó—. Zeeman, Durhing y Hobson asaltaron un Banco, y los tres dispararon cuando aparecieron los dos policías, acribillándolos. Muy bien. ¿Qué tiene que ver el asalto a un Banco con un tráfico de cocaína?

No encontró una respuesta que le pareciese lógica, pero insistió en reflexionar. Tenía que haber una explicación…

¡Ding-dong!, sonó el timbre de la puerta del *bungalow*.

Aún estaba sonando la llamada cuando Nat estaba en pie, empuñando de nuevo la pistola. Vaciló, pero optó por ir allá. Segundos después, miraba por el pequeño visor gran angular de la puerta. Frunció el ceño, refunfuñó algo, y abrió, con gesto brusco.

—Se ha ganado la torta —masculló.

Grace Kenyon se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Como tardaba tanto…

—¿Qué? ¿Pensó que me había muerto?

—No, pero…

—Está bien, pase. Y dígame una cosa, agente Kenyon: ¿le gusta a usted la cocaína?

—¡Claro que no! —Respingó Grace.

—Lástima: le habría regalado la suficiente para empapurrarse durante toda su vida.

¿De verdad no le gusta? Un poquito de «coca» por las mañanas es muy saludable…

¡Cierre la puerta!

—Sí… Sí, señor, sí…

—Y venga conmigo.

Le puso una mano en la nuca, y la condujo hacia la cocina. Al entrar allí, Grave intentó detenerse, pero Nat siguió empujándola hacia el armario donde estaban los saquitos. —Es sólo un hombre muerto— dijo—. ¿Quiere probar ese azúcar, por favor?

La agente Kenyon obedeció, y luego miró a Nat con gesto alterado.

—¡Esto es cocaína! —exclamó.

—¿Qué me dice? ¿De veras? Tiene usted premio: recuérdelo cuando estemos en mejor momento. Le voy a regalar un soldadito de plomo.

—Pe… pero, Nat, ¿qué… qué significa todo esto? ¿Ha matado usted a ese hombre…?

—No. Pero me habría gustado hacerlo: es uno de los que dispararon, contra mi padre, si no me equivoco. Y uno de los que fueron a rematarlo al hospital, y aquí no me equivoco ni vacilo lo más mínimo. No… No lo he matado yo: lo han envenenado.

—¿Quiénes?

—Piense. Reflexione.

Grace Kenyon reflexionó. Pero muy poco.

—¡Aquellos dos hombres y la mujer que…!

—Tiene otro premio, agente Kenyon. Exactamente: aquella morena y los dos tipos que se fueron en un coche que nosotros no pudimos seguir porque usted no estaba donde yo quería que estuviese, sino dando vueltas del modo más tonto del mundo, de tal modo que si yo hubiese salido a su encuentro, me habrían visto, y, a lo peor, me conocen, y las cosas se habrían complicado. ¿Me comprende?

—Sí… Sí, señor, sí…

—Está bien. Será mejor que llamemos al capitán Whartok.

CAPÍTULO XIII

El capitán Whartok se sentó en otro de los sillones del *living,* delante del que ocupaba Nat Mac Leod, que fumaba pensativamente.

—Muy bien, Nat… Explícanoslo todo otra vez.

—Hombre, no.

—Por favor.

—Me llamó el mismo tipo que me advirtió sobre lo del *Galeote*, y me dijo que viniese aquí. Así lo hice, por curiosidad, ya que como usted sabe, en el *Galeote* no había nada.

Bueno. Pues al llegar aquí, decidí dar un paseo alrededor de la casa… Mientras tanto, llegó un camión de esos que reparten leche, mantequilla y cosas así. Descargaron leche, me parece, y se fueron. Luego, de la casa salieron una morena estupenda y dos tipas, se metieron en el coche que tenían en el jardín, y se largaron…

—¿No se te ocurrió seguirlos?

—No. —Nat miró de reojo a Grace Kenyon—. Luego, pensé que si aquella gente se había marchado, la casa debía estar vacía, así que me las arreglé para entrar, por una ventana…

—Allanamiento de morada —sonrió Whartok.

—Llamaré a mi abogado —sonrió también Nat—. Pues eso: entré por la ventana de un dormitorio, eché un vistazo aquí, luego fui a la cocina, y cuando estaba allí, ese tipo llamado Morris Granger me amenazó por la espalda. Cuando quiso golpearme…

—¿No quiso matarte?

—No. Supongo que quería saber cómo había llegado yo hasta este lugar. Debía querer empaquetarme para que sus jefes me interrogasen adecuadamente. Pero sus jefes tenían otros planes, y lo habían envenenado, para encontrarlo muerto y muy inofensivo a su regreso, porque yo lo conocía… Era comprometedor relacionarse

con Granger, por lo tanto. Lo habrían tirado al mar, digo yo.

O bien…

—Sin disquisiciones, Nat. Sólo los hechos.

—Pues cuando el tipo iba a golpearme por detrás, cayó muerto. Me parece que le habían engañado para hacerle ingerir cianuro, eso ya lo dirá el forense. Me puse a registrar por la cocina, ni siquiera sé por qué. Y encontré la cocaína. A los pocos segundos, llamó la agente Kenyon a la puerta. Le abrí, ella probó también el contenido de un saquito de éstos, dijo que en efecto era cocaína, y lo llamamos a usted.

—¿Eso es todo? ¿No hiciste nada más?

—Nada más. Ya se lo he explicado antes con más detalle.

Whartok se volvió hacia el policía que había estado repasando las notas tomadas antes, y asintiendo con la cabeza a medida que Nat había repetido, resumida, la explicación.

—Todo exacto, señor —dijo.

—¿Por qué no confía en mí? —refunfuñó Nat.

—Porque Tienes demasiada movilidad. En cuanto a usted, Grace, ya me explicará por qué permitió que Nat entrase aquí sin…

—Le dije que venía a visitar a unos amigos —intervino rápidamente Nat.

—Ya. Está bien… ¡Maldita sea, no entiendo esto!

—Yo no tengo una teoría al respecto.

No sólo Whartok, sino todos los policías que iban de un lado de otro del *bungalow* tomando huellas antes de proceder a un registro a fondo, se quedaron mirando a Nat Mac Leod. Por fin, el capitán suspiró.

—¿Qué teoría?

—Una cosa es segura: el tipo que me dijo lo del *Galeote* y luego lo de este *bungalow*, sabía lo que se estaba tramando. Y tampoco caben dudas de que se trata de un confidente de mi padre… ¿De acuerdo?

—Eso es evidente. Pero debió decirle todo eso a tu padre, no a ti.

—Es que yo le mentí: le dije que se lo diría a mi padre, que lo iba a ver pronto…

—Ya, ya. Está bien, sigue con esa teoría.

—Bien… Yo veo las cosas así: ese barco, el *Galeote* trae la

cocaína a Miami. Y no me pregunte de dónde, porque no sé tanto. Desde el *Galeote*, la cocaína es trasladada a este *bungalow*. Luego, vienen a recogerla los de la Kendres Milk, naturalmente dejando leche y mantequilla, cosa que a nadie puede sorprender…

—Pero según parece, esta vez no se llevaron la cocaína, ya que tú la has encontrado.

—Se llevaron el «suministro» necesario para el período que tengan acordado… —musitó Nat—. Deben ir entregándola por pequeñas remesas. La mayor cantidad permanece en este lugar.

—Aceptado —asintió Whartok—. ¿Y qué hacen los de la Kendres Milk con la cocaína?

—La distribuyen entre sus clientes… dentro de las botellas de leche, en bolsas de plástico. Quiero decir, naturalmente, entre sus clientes que sean drogadictos.

En el *bungalow* se hizo el más completo silencio. Todos miraban a Nat Mac Leod, sin asombro alguno. En realidad, aquella teoría era tan lógica que todos la habían pensado ya.

—Estamos de acuerdo —murmuró Whartok, con una sonrisita de cansancio—. Bien…

Tendremos que ocuparnos más seriamente del *Galeote*. Y por supuesto, de la Kendres Milk. En cuanto a ese Morris Granger, haremos también con su pistola la prueba en Balística. Si has acertado, tenemos ya a los hombres que dispararon contra tu padre. Pero no entiendo esto. Esos dos hombres Jack Morley y Morris Granger, estaban metidos en un asunto de drogas, evidentemente. Y si tu padre y su confidente se habían olido algo, me parece lógico que quisieran matarlo. Pero, al mismo tiempo, esos dos hombres, con esos extraños guantes con huellas digitales, estaban vengando a Zeeman, Hobson y Durhing… No veo qué tiene que ver una cosa con otra. ¿A ti se te ocurre algo?

—No.

Wallace Whartok se rascó la barbilla.

—Bien, me ocuparé de todo… Por cierto: ¿qué sabes de tu padre? ¿Cómo sigue?

—Quería ir a verlo después de haberlos acompañado a ustedes al *Galeote* y afeitarme, pero me llamó el confidente, y vine aquí, con la agente Kenyon… No sé. ¿Puedo llamar desde ese teléfono? —señaló.

—Bowman… —llamó Whartok—. ¿Habéis tomado las huellas del teléfono ya?

—Sí, señor.

—De acuerdo, Nat. Llama.

—Apuesto a que ya podemos valorarlo en diez mil dólares —dijo alegremente Nat.

Marcó el número, mientras Whartok daba algunas instrucciones a sus hombres, en el sentido de que registrasen todo a fondo a medida que los de Huellas fuesen terminando su trabajo. Dos camilleros aparecieron, procedentes de la cocina, llevando el cadáver de Morris Granger. Whartok señaló hacia la puerta, asintiendo con la cabeza.

—Sí, sí, llévenselo ya; Bien, Nat —se volvió hacia éste—, ¿qué te han dicho de…?

Se calló de pronto. Nat Mac Leod, inmóvil, con la mirada perdida, pareció no haberle oído. Lo miró de pronto, colocó el teléfono en su sitio, y bajó la cabeza.

—Ha muerto —susurró.

La única persona que reaccionó fue Grace Kenyon, emitiendo un gemido, llevándose las manos a la boca… Wallace Whartok se dejó caer en un sillón, y hundió la cabeza en el pecho y grueso pecho, suspirando.

—¿Puedo marcharme? —pidió Nat.

Whartok se puso en pie.

—Te acompañaré al hosp…

—No… —Relucieron los ojos de Nat Mac Leod—. No quiero que ninguno de ustedes venga a ver el cadáver de mi padre. Porque si ustedes van allá, yo iré al *Galeote*, y a la Kendres Milk… Y creo… creo que será mejor para todos que sean ustedes los que vayan a por esa gente y yo a ver a mi padre. Porque si lo hacemos al revés, si soy yo quien va a por ellos…

Dio media vuelta, y salió del *bungalow*, con paso rápido. Wallace Whartok se pasó una mano por la frente.

—Creo que Nat tiene razón… —murmuró—. Nosotros, nos ocuparemos de esa gente.

Por Bob ya no podemos hacer nada… Grace, no deje solo a Nat ni un momento, dese prisa. Y si él quisiera hacer algo por su cuenta, avíseme inmediatamente.

—Sí, señor —asintió Grace, echando a correr en pos de Nat.

CAPÍTULO XIV

Los dos policías que se habían quedado para custodiar a Robert Mac Leod en el hospital, bajaron la mirada cuando Nat Mac Leod, seguido por Grace Kenyon, apareció en el pasillo… Nat pasó junto a ellos, directo hacia la puerta. Movió el pomo, la empujó…, y la puerta continuó cerrada.

—Hay dos médicos y una enfermera ahí dentro —carraspeó uno de los policías—. No permiten la entrada a nadie. Hemos llamado al capitán Whartok, pero no estaba en el Departamento, y nos han dicho que le avisarían a su coche…

—El ya está enterado. Yo llamé aquí.

—Bien… Lo sentimos de veras, muchacho. El teniente era un gran… Bueno, un gran tipo, se lo juro. Si pudiésemos hacer algo que…

—Sí pueden hacer algo —dijo duramente Nat—: vayan a reunirse con el capitán Whartok, acompáñenle, y machaquen a la gente que ha dado lugar a esto. Y si ustedes dejan alguno vivo… seré yo quien me encargue de ellos. Váyanse: aquí ya no tienen nada que hacer…, pero gracias… a los dos.

Los dos policías cambiaron una mirada vacilante, pero uno de ellos asintió con la cabeza, furioso de pronto el gesto, y sin decir una sola palabra más, ambos se dirigieron hacia la escalera.

Nat esperó a que desapareciesen por ella abajo, y entonces llamó a la puerta.

—Soy Nat Mac Leod —dijo.

La puerta se abrió, y apareció el rostro del doctor Langley. Vio a Nat, pero también a Grace Kenyon, y enseguida miró vivamente de nuevo a Nat.

—No importa —dijo éste.

El médico acabó de abrir la puerta, y ambos entraron en la habitación. Junto a la cama, de pie, había otro médico, y sentada en una silla, una enfermera. El doctor Langley se había apresurado a cerrar la puerta, mientras Nat se acercaba a la cama.

—¿Cómo sigue? —preguntó.

—Mejorando por momentos —dijo el otro médico—. Pero, señor Mac Leod…

Se calló para mirar a Grace, que había lanzado una exclamación al oírlo. Luego, la muchacha miró hacia Robert Mac Leod, vio el movimiento rítmico de su pecho…

—Pero… ¡no está muerto! —Casi gritó.

—Sin embargo —dijo Nat—, va a ser llevado al depósito del sótano, como si lo estuviera. ¿Está todo preparado allí, doctor Langley?

—Sí. Pero no sé… ¡No sé cómo ha podido usted convencerme para que haga esto! Si llega a saberse que…

—Cuando esto se sepa, usted no tendrá nada que temer. Y yo tendré mucho que agradecerles a ustedes… A todos los que van a colaborar en la jugada. ¿Está en condiciones de ser trasladado?

—Sí… Pero los que nos vean se sorprenderán de que traslademos con tanto cuidado a un cadáver.

—Que se sorprendan todo cuanto quieran. Bien, vamos a…

—Pe… pero no entiendo esto… —tartamudeó Grace—. El teniente está vivo…

—Otro premio —masculló Nat—. ¡Qué chica tan lista! Y ahora, conteste a una sencillísima pregunta, agente Kenyon: ¿usted es de las personas que *realmente* quieren a mi padre?

—Sí.

—Entonces, se pondrá de mi parte. Venga, iremos a esperarlo al depósito, y allá le daré todas las explicaciones que quiera. Si alguien, sea quien sea, le pregunta por mi padre, ya sabe usted que oficialmente está muerto. Ésa es la primera exp…

—¿Nat…?

La llamada fue apenas audible, pero todos la oyeron. Se volvieron hacia Robert Mac Leod, que tenía los ojos abiertos, fijos en el techo…

—Nat… —llamó de nuevo, roncamente.

—Estoy aquí, padre —se acercó Nat, inclinándose sobre el

herido—. No hables, todo va bien.

—¿Qué… qué pasa, qué…?

—No hables. Estás malherido.

Robert Mac Leod parpadeó, lentamente. Luego, volvió a quedarse con la mirada fija en el techo…, y de pronto, apareció una crispación en sus facciones.

—Nat…

—Por favor, padre, cállate: no estás en condiciones de hablar. Sólo descansa, todo va bien.

—Me… me duele… el pecho…

Nat se volvió hacia los dos médicos. El doctor Langley miró a la enfermera, y asintió con la cabeza. La enfermera preparó una inyección rápidamente, y la aplicó a un brazo del herido, que comenzó a relajarse a los pocos segundos, murmurando palabras que ninguno de los presentes pudo entender.

—Será mejor que esperemos un par de horas —dijo Langley.

—¿Ocurre algo malo… realmente? —Se inquietó Nat.

—No, no… Al contrario. Yo diría que el peligro ha pasado por completo. Pero si esperamos un par de horas, casi todos los pacientes estarán almorzando, y nos verán menos personas. Escuche, señor Mac Leod, si a mis colegas y a mí nos encarcelan por esto, espero que al menos nos lleve cigarrillos…

—Prometido —alzó Nat una mano, sonriendo—. Y además, les llevaré algún juguete, para que se distraigan.

CAPÍTULO XV

Hacia las seis y media de la tarde, el capitán Whartok apareció en el hospital. Fue directamente al depósito. Allí, esperando afuera sentados en un banco, estaban Nat Mac Leod y Grace Kenyon. Nat se puso en pie inmediatamente.

—¿Cómo ha ido todo eso? —exclamó.

—Bien… Pero estoy agotado.

—¿Qué ha pasado exactamente?

Wallace Whartok se sentó en el banco, echó la cabeza hacia atrás, y respiró profundamente, despacio, con los ojos cerrados. Tardó casi un minuto en abrirlos; en verdad parecía muy fatigado.

—Tuvimos un tiroteo con los del *Galeote*, porque se negaron a ir al Departamento…

Matamos a dos y herimos a otros dos. Los enviamos al Departamento en un coche, y fuimos a la Kendres Milk. Allá fue mucho peor, pues llegamos precisamente cuando estaban colocando la cocaína en las botellas de leche, y se pusieron nerviosos…

Intentaron escapar con uno de los camiones, tuvimos que cortarles el paso con uno de nuestros coches… Tengo a dos agentes heridos, pero no creo…

—En definitiva: han quedado supervivientes de esa gente.

—Claro… —Whartok le miró, fruncido el ceño—. ¿Qué te pasa? ¿Creías que íbamos a ir allá a matarlos a todos brutalmente? Solamente disparamos cuando no tuvimos más remedio. Nosotros somos la policía, no una pandilla de…

—Está bien —refunfuñó Nat—. ¿Cómo ha terminado todo?

—Bueno… Los del *Galeote* han confesado que, en efecto, traían cocaína, que recibían en alta mar de otro barco, sobre el cual no saben más que el nombre y la nacionalidad, pero me temo que

ambas cosas sean falsas. No conseguiremos nada por ahí…

—Cuando menos, según parece, hemos desarticulado un grupo de traficantes, ¿no?

—Eso sí… Los del *Galeote* entregaban la mercancía a dos tipos que llegaban al Pier 2 en un coche. Esperaban un día, esos dos mismos tipos volvían a pagarles, y regresaban al mar. Ahí acaba todo en cuanto a los marinos se refiere. Los de Kendres Milk saben algo más: iban al *bungalow* una vez cada quince días, y llevaban leche suficiente para todo ese tiempo para una familia corriente. Claro está, recogían la cocaína entonces, y pagaban la consumida durante la quincena anterior, que, en efecto, era distribuida en las botellas de leche, marcadas de modo especial las que contenían droga… No sabemos de dónde viene ese barco que entregaba la cocaína a los del *Galeote*, pero sí puedes estar seguro de que hemos desarticulado la banda… Sólo que faltan los jefes.

—¿Pero sabemos quiénes son?

—El propietario de la Kendres Milk nos lo ha dicho: al parecer, son dos hombres y una mujer…

—¡Los del *bungalow*! —exclamó Nat—. ¿Le ha dicho sus nombres?

—Sí… Los buscaremos por toda Miami, y pasaremos aviso al Departamento de Narcóticos, al FBI… No creo que vuelvan por el *bungalow*, convencidos de que Morris Granger ya había muerto, para retirarlo, enterrarlo o lo que fuese que pensasen hacer con él…, y entonces, nos vieron a nosotros. Así que se fueron de allí a toda prisa. Mucho me temo que deben estar lejos de Miami, en estos momentos. Pero los encontraremos.

—¿Y respecto a la venganza de los muertos?

—Pues eso sigue sin explicación —alzó las cejas Whartok—. Ninguno de los detenidos sabe nada de eso.

—Ya se lo dije: una cosa no tiene relación con la otra, según parece.

—Eso no se sabe aún… Ya veremos qué dicen esa mujer y sus dos amigos cuando los detengamos. Bien. Bueno, me… me gustaría… echarle un vistazo a tu padre… No quiero parecerte…

—Le están haciendo la autopsia.

Wallace Whartok se quedó pasmado de asombro.

—¿La autopsia? —exclamó enseguida—. ¿Para qué?

—Me ha costado decidirme, pero hace poco he dado la autorización…

—Pero, Nat, todos sabemos que tu padre ha fallecido de las heridas que…

—Yo no estoy muy seguro de eso. Ya le digo que me ha costado decidirme, pero al final lo he preferido así. Parecía que iba mejorando… ¿Recuerda que esta mañana se lo dije?

—Sí, claro, pero a veces…

—No tenía por qué morir, si estaba mejor. Yo creo, creo que quizá han hecho otro intento, con más éxito que esta madrugada.

—¿Quieres decir que sospechas que ha podido ser envenenado, por fin?

—Sí. Y quiero saberlo. Porque si ha sido así, este hospital se va a enterar de quién es Nat Mac Leod.

—¿Culparías a la dirección del hospital? —Whartok no salla de su asombro.

—¿A quiénes, si no? Delante de la puerta de la habitación de mi padre habían dos policías, dos hombres que no habrían dejado pasar ni a una mosca, si no se identificaba. Si mi padre ha sido envenenado, ha tenido que ser personal del hospital, quizá sobornado…

Si así ha sido, quiero saberlo.

—Bien… Demonios, no sé… Puede que tengas razón, pero francamente, no me parece probable. De todos modos, supongo que estás en tu derecho… Lo siento de veras, Nat.

Emm… Bueno…

—Váyase a descansar. —Nat le puso una mano en el hombroˆ—. Y no se preocupe: todo ha terminado.

—No quisiera tener que admitirlo —suspiró Whartok—, pero la verdad es que estoy reventado… De todos modos, si me necesitas para algo, me quedaré, y…

—No, no. De veras, Wallace: vaya a descansar. Yo le llamaré por la mañana, y le diré cuándo es el entierro.

Wallace Whartok quedó silencioso, sombrío el gesto, fija la mirada en el suelo.

—Puerca vida. —Susurró—. Tu padre sabía muy bien lo que hacía al ponerte obstáculos para que fueses policía.

Se puso en pie, y sin decir nada más, se alejó, por el sombrío

pasillo, con paso cansino, caída la cabeza sobre el pecho.

Nat Mac Leod y Grace Kenyon permanecieron inmóviles y en silencio durante quince o veinte segundos. Entonces, Nat se puso en pie, y tendió su mano a la muchacha.

—¿Vamos? —susurró.

—Esto es horrible… No puede ser cierto…

—¿No quiere usted comprobarlo, agente Kenyon?

—¡No puede ser cierto!

—Parece que no puede ser cierto. Por eso digo que vayamos a *comprobarlo*… ¿Quiere venir o no?

—Sí… Sí, iré.

—Magnífico —sonrió fríamente Nat Mac Leod—: vuelvo a ahorrarme unos centavitos en taxis. Vamos a darle a las ruedas.

CAPÍTULO XVI

Finalmente, Grace Kenyon detuvo el coche, y los dos se quedaron mirando hacia el edificio de apartamentos, de ocho pisos, en Miami Beach.

—¿En qué piso vive? —preguntó Nat.

—En el sexto. Apartamento 604… ¿Acaso piensa ir allá?

—No. Esperaremos que salga.

—No saldrá —murmuró Grace—. Acaba de llegar, ha dejado el coche en el estacionamiento subterráneo, está muy cansado… Ya no saldrá.

Nat Mac Leod no contestó. Encendió un cigarrillo, se repantigó lo más cómodamente posible en el asiento, y se quedó mirando fijamente el vestíbulo del edificio de apartamentos… Miró su reloj. Eran las siete y cuarto, y todavía lucía un rojo y agradable sol de primavera… Luego, miró hacia la entrada del estacionamiento.

—Ese estacionamiento…, ¿no tiene otra salida?

—No —murmuró Grace.

—Entonces, tendrá que salir por ahí, o por el vestíbulo… Pero no lo hará hasta que sea de noche. Bien de noche…

Grace miró a Nat. No podía ser. Tenía que ser una equivocación, unas sospechas infundadas… ¡No podía ser!

Poco después de las diez, por supuesto ya completamente de noche, Grace Kenyon se mordió los labios, y miró de reojo a Nat Mac Leod, que sólo se había movido para encender y fumar tres o cuatro cigarrillos. Naturalmente, él también había visto salir el coche. La miró, y sin más explicaciones ni comentarios, ella puso en marcha el suyo.

—Si lo pierde de vista —susurró Nat—, usted y yo vamos a terminar muy mal, agente Kenyon.

—No lo perderé… He… he hecho esto muchas veces…

—Pues demuestre su experiencia y sapiencia.

El coche que seguía bajó por Washington Avenue, dobló por la 5th Street, y enfiló Mac Arthur Causeway hacia Miami, pasando por encima del mar, cruzando la bahía. Tras ellos fueron quedando las luces de Miami Beach, cegadoras. Por delante, más discretas, las de Miami, en la costa. En el mar se veían las luces reglamentarias de algunas embarcaciones…

Llegaron a Miami, y siempre detrás del otro coche, a distancia adecuada, fueron cruzando la ciudad, hacia el Nordeste… Y eran casi las onces cuando, finalmente, el coche perseguido se detuvo, en una calle de Hialeah. Las luces se apagaron, y el sujeto se apeó.

Grace miró a Nat, que tenía fruncido el ceño.

—¿Lo seguimos a pie?

—No. Espere. Quizá vaya a una de esas casitas tan lindas, y podamos verlo desde aquí.

Exacto. El sujeto llegó a una de las casitas, en la que no se veía ni una sola luz. Desde el coche, vieron la luz que se encendía de pronto, silueteando al sujeto en la puerta, que cerró enseguida tras él.

—Tiene una llave —dijo Grace.

—Y parece que no hay nadie en la casa. Quizá sea el primero en acudir a la cita que debe haber concertado por teléfono. Vamos a esperar.

Diez minutos más tarde, la luz de la casa se apagó. Dos minutos después, la puerta se abrió, y pudieron distinguir bastante bien al sujeto, que cerró, cruzó rápidamente el pequeño jardín, y volvió a su coche. Se encendieron las luces de posición, el coche se movió… Grace Kenyon llevó la mano al encendido de su coche, donde colgaban las llaves.

—No… —la retuvo Nat—. A ése ya sabemos dónde encontrarlo. Vamos a esperar a los otros. Tiene que venir alguien aquí. Quizá a recoger algo… O quizá ha sido él quien ha venido a recoger algo. Pero alguien tiene que venir a la casa, estoy seguro.

—Quizá hayan escapado de Miami, realmente, él sólo haya venido a recoger dinero…

—Quizá. Pero esperaremos.

—¿Cuánto tiempo?

—El que haga falta. Si está cansada, lárguese.

—No… No.

Solamente tuvieron que esperar una hora, aproximadamente, Cuando apareció el coche que se detuvo delante mismo de la casa que había visitado el sujeto, eran las doce en punto. Del coche se apearon tres personas, y Grace Kenyon, a la luz de la calle, las reconoció enseguida.

—Son ellos… La morena y sus dos amigos, los del *bungalow*… ¿Qué vamos a hacer?

—Detenerlos. Luego iremos a por el otro. Supongo que lleva usted una pistola. Yo no he traído la mía en este viaje.

—¿Tiene usted permiso de armas?

—Claro.

—¿Para protegerse si quieren robarle juguetes?

Nat la miró, sonrió, y volvió a mirar hacia la morena Willa Mitchell y sus amigos Burt Hawkins y Lewis Harding, que caminaban hacia la casa.

—Esperaremos a que estén dentro —dijo.

Los vieron llegar al porche. La puerta se abrió. La luz se encendió…

¡BBBBOOOOUMMMMMMMM…!

Toda aquella zona quedó intensamente iluminada en rojo durante unos segundos, mientras la casa, flores, palmeras… y los tres recién llegados saltaban por los aires, despedazados. Fue una llamarada enorme, una explosión tremenda, que reventó cristales de las casas vecinas, y que por unos pocos segundos convirtió aquel lugar en lo más parecido a un infierno. Pedazos de madera y de cadáveres se esparcieron, violentamente lanzados por la explosión…, mientras, dentro del coche, Nat Mac Leod y Grace Kenyon, petrificados y pálidos, quedaban intensamente iluminados en rojo.

Luego, en alguna parte se oyeron gritos, y muy lejos, la sirena de un coche policial.

Comenzaron a encenderse luces en las casas vecinas…

—Dios mío —gimió Grace, por fin.

—Vámonos —dijo Nat.

—¿Marcharnos? Pero…

—Aquí no podemos hacer nada. Vámonos. —¿Adónde?

CAPÍTULO XVII

—¿Quién es? —preguntó Wallace Whartok, tras la puerta de su apartamento.

—Nat.

El capitán del Pólice Department se apresuró a abrir, y se quedó mirando muy sorprendido a Nat Mac Leod. Junto a él estaba Grace Kenyon, muy pálida.

—¡Nat! ¿Qué ocurre?

—¿Podemos pasar?

—Claro… ¡Naturalmente! —Whartok cerró la puerta tras ellos —. Pero ¿qué pasa?

—¿No ha oído una gran explosión?

—No… Estaba durmiendo; me acosté tan cansado… ¿Una explosión? ¿Qué ha pasado?

¿Dónde?

—En Hialeah. No sé la dirección exacta… Pero usted sí lo sabe. Me refiero a la casita donde estuvo antes, hacia las once: ha volado hecha astillas.

Wallace Whartok retrocedió un paso, lívido, demudado.

—¿De qué estás hablando? —jadeó—. ¿Qué casa…?

—La casa en la que usted citó para las doce a Willa Mitchell y sus amigos. Esa casa en la que usted estuvo a fas once, y donde dejó colocada la carga que haría explosión al ser encendida la luz de la entrada.

—Estás… estás loco… ¡Estás loco!

Nat Mac Leod se acercó al ventanal del recibidor-salita, y se quedó mirando hacia abajo, hacia Miami Beach, y hacia el mar. Permaneció allí unos segundos, inmóvil, antes de mover la cabeza y volverse.

—No lo entiendo, Wallace… ¿Por qué? ¿Por qué?

—Nat, no sé de qué…

—Está perdiendo el tiempo. Grace Kenyon y yo le seguimos cuando salió del hospital.

Usted vino aquí, salió hacia las diez, fue a colocar la carga explosiva… También fue usted quien, esta madrugada, avisó a los del *Galeote* de que iríamos allá, antes de ocuparse en conseguir el permiso. Por eso, muy temprano, los amigos de Willa Mitchell, se apresuraron a ir a por la carga de cocaína. También fue usted quien avisó a Willa Mitchell y a sus amigos de que no debían regresar al *bungalow* de Sebal Lake, sino esconderse, en espera de sus instrucciones…, que les ha costado la vida. También fue usted quien «robó» los cadáveres de Zeeman, Hobson y Durhing, y los enterró en lugar seguro después de tomar moldes de sus manos, de sus huellas digitales, ignoro por qué procedimiento, porque hay muchos. También fue usted quien ordenó los asesinatos del juez Harrow, del fiscal Langston, del presidente del jurado de aquella ocasión, Jay Parkman…, y todo eso, para llegar hasta mi padre, que sospechaba de usted. Todo eso de la venganza de los muertos ha sido una… cortina de humo. Usted quería que todos pensasen en alguna extraña venganza contra todos los que intervinieron de un modo u otro en la condena a muerte de Zeeman, Hobson y Durhing… Pero lo único que realmente quería, era matar a mi padre. Sin embargo, no podía hacerlo directamente sin más. Había que poner primero esa cortina de humo, hacer intervenir… a esos muertos que ya ningún daño podían hacer a nadie. Sólo quería matar a mi padre, que sospechaba de usted hacía tiempo. Así que contrató a dos asesinos profesionales por medio de Willa Mitchell y los otros dos desdichados, y comenzó a ordenar las muertes de Harrow, Langston, Parkman, Mac Leod… Mientras todos creerían en una venganza, y por tanto no le relacionarían con esas muertes, usted estaba dispuesto a seguir adelante con los miembros del jurado, matando, matando, matando… Pero el único que le interesaba matar era mi padre. ¿Cierto?

—Jamás podrás probar esa barbaridad —susurró Whartok.

—¿Eso piensa?

—Nadie te escuchará… ¡Nadie!

—Eso ya lo veremos. Cuando lo explique todo, tendrán que

escucharme. Usted, como jefe de este grupo de distribuidores de drogas…

—¿Sí? ¿Y siendo el jefe yo mismo dirigí a mis hombres de la policía para destrozar la banda?

—No tenía otro remedio. Además, de toda la banda, sólo Willa Mitchell, y los otros dos, le conocían a usted. Así que podía detener a quien fuese, menos a ellos. A ellos los avisó, para tenerlos a su disposición cuando llegase el momento de matarlos.

—Nadie creerá eso… ¡Nadie!

—¿Ni siquiera cuando mi padre, y su confidente que ha estado trabajando para él en este asunto, acudan u declarar?

—¿Quién va a haces caso de un confidente? En cuanto a tu padre, el muy puerco va está muerto ¡Al demonio con él!

—Wallace —se entristeció Nat—, no le entiendo… Hace años que usted y mi padre son amigos, le conozco a usted desde que yo era un niño, incluso en ocasiones llegué a pensar que era más admirable que mi padre. Por el amor de Dios, no lo entiendo… ¿Por qué ha hecho todo esto? ¿Por dinero?

—¿Por qué otra cosa? Miami es una de las grandes puertas de entrada de drogas en Estados Unidos. Cada día entran tantas que es imposible controlarlas. Y ahí tienes al FBI, al Departamento de Narcóticos, a la misma policía, luchando para impedir eso… Y no hay forma. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque hay gente mucho más importante que yo, mucho más respetada, mucho más encumbrada social, política y económicamente, que está metida en esto, que ganan millones de dólares al año con este negocio. ¿Por qué tenía que ser yo más honrado que ellos? ¿Por qué tenía que ser… más estúpido que ellos, y retirarme dentro de unos años con una asquerosa paga? ¿Por qué? Así que un día decidí enviarlo todo al diablo, y comencé a organizar *mi negocio*, igual que lo tienen organizado algunos políticos, y militares, y gente de organismos oficiales… ¿Por qué yo no? ¡Tengo el mismo derecho que todos ellos! Y lo hice… Poco a poco, muy lentamente al principio, pero muy deprisa después… Estuve a punto de proponerle a tu padre que se asociase conmigo, precisamente por nuestra vieja amistad, pero… comprendí que él jamás aceptaría. De todos modos, le habría dejado en paz si él no hubiese empezado a

mirarme de un modo extraño, a hacerme preguntas… Me lo encontraba en todas partes… Tuve que comprender que me vigilaba…

—Y para matarlo a él no vaciló en montar una tragedia con personas que nada tenían que ver. Santo Dios, Wallace… Verdaderamente, esto le costará mucho de creer al jurado que…

—No van a juzgarme. Diré que estás loco. Tú no…

—Se olvida de mi padre, y de su confidente.

—¡Tu padre está muerto, y me alegro muchísimo! ¡En cuanto a su maldito confidente que…!

—Se equivoca. Mi padre está vivo… Y precisamente un par de horas antes de que usted llegase al hospital, pude hablar unos minutos con él, y me dijo que sospechaba que había sido usted, que hacía tiempo que lo vigilaba, que yo lo vigilase también… Y fui a hacerlo en el momento justo, cuando todo estaba en plena marcha. No estoy contento, Wallace: este triunfo le correspondía a mi padre que saldrá de ésta, se lo aseguro.

—No habrá triunfo para tu padre… —jadeó furiosamente Whartok—. Ni para ti… ¡Ni para esta idiota! Os voy a matar a los dos, os voy a…

Grace Kenyon sacó su pistola del bolso, rápidamente, y apuntó a su capitán; sus ojos estaban desorbitados de espanto.

—Si da un solo paso que… que.

—Guarde eso, agente Kenyon… —dijo Nat—. ¿No ve que no lleva armas? ¿Qué puede hacernos, sin armas?

—¡Ahora verás tú lo que puedo haceros sin armas! —aulló Whartok.

Se abalanzó contra Nat Mac Leod, bajando la cabeza, encogiendo los anchos hombros, poniendo todo su peso y su fuerza para el choque que parecía inevitable…

—Observe este *taisabaki*, agente Kenyon —dijo Nat.

Se apartó, como una puerta que se abre, con facilidad, con un gesto elegante, sin alterarse… Inmediatamente, sin alterarse… Inmediatamente, se arrepintió.

Los tres gritaron a la vez. Nat Mac Leod, sobresaltado. Grace Kenyon, aterrada. Y Wallace Whartok aún más aterrado, mientras alzaba los brazos para proteger el rostro del inevitable choque contra el ventanal…, que era el único obstáculo entre él y el vacío.

El ventanal reventó, sonó agudísimo el chillido de Wallace Whartok, todo se llenó de cristales rotos…, y el cuerpo del capitán Whartok salió del edificio, al vacío, a seis pisos de altura.

Se estuvo oyendo su alarido, brevemente. Luego, el choque contra el suelo, abajo.

Nat Mac Leod y Grace Kenyon se miraron, y el primero tragó saliva.

—Me parece —dijo con voz ronca— que ese juguete se ha roto…

* * *

El convaleciente Robert Mac Leod se quedó en silencio un buen rato después que su hijo terminó la explicación. Por fin, dijo:

—Estoy triste, Nat.

—Lo siento, papá.

—Estoy triste, por mí, por ti…, por todos. Incluso por Wallace. Pero realmente, trató a muchas personas como si fuesen juguetes… que ya no le servían. Igual que un niño, que rompe los juguetes que ya no le interesan. Es monstruoso.

—Hay una diferencia entre los niños y tu amigo Wallace. El niño, generalmente, no se da cuenta exacta de lo que hace cuando rompe un juguete. Pero estoy seguro de que Wallace Whartok sí sabía lo que hacía. Y ten en cuenta que los *juguetes* que él rompía eran personas. Eran unos juguetes… muy caros, para ser rotos de ese modo tan brutal. —Sí… Bueno, he recibido esta mañana una notificación de las altas jerarquías: parece que quieren que yo sea el nuevo capitán del Pólice Department.

—¡Estupendo, papá! ¡Te lo mereces!

—No sé… Quizá de un modo u otro, desde luego procuraré hacerme digno de este ascenso… ¿Y tú? ¿Cuándo tienes que volver a tu trabajo?

—Oh, cuando quiera… Por algo soy el jefe.

Robert Mac Leod se quedó mirando estupefacto a su hijo. No comprendía. Miró a Grace Kenyon, que permanecía silenciosa, esperando cualquiera sabía qué. Volvió a mirar a Nat.

—¿El jefe? ¿Eres el jefe de una casa que fabrica juguetes?

—Hombre, papá… —masculló Nat—. ¡No digas tonterías!

—No tengo por costumbre decir tonterías —aseguró un tanto enfurruñado Robert Mac Leod.

—Bueno... Lo que quiero decir es que yo de juguetes no entiendo nada. Hace seis años que tengo una agencia de investigación privada en Los Angeles. Como tú no querías que fuese policía, me dije que no tenía por qué darte ese disgusto, pero como el asunto de las investigaciones me gustaba, me empleé en una agencia privada de investigaciones.

—¿Y ahora tienes una agencia propia?

—Pues si... Ya ves. Cosas que pasan. Listo que es uno.

—¿Y todo eso de los juguetes?

—Hombre... Puro camelo. No quería inquietarte. Porque si te he de decir la verdad, ¡he pasado cada apurillo por ahí...! Hasta que aprendí karate, judo, a disparar una pistola hasta con los pies, correr como nadie, esconderme como una rata... Ya sabes: todo eso que es la delicia del detective privado de altos vuelos.

—¡Maldita sea tu estampa! —vociferó Robert Mac Leod—. ¡Me has estado engañando como a un chino!

—Cálmate, papá, o vas a tener una hemorragia. Recuerda que tus heridas aún están frescas...

—¡Tú sí que eres un fresco...! ¡Y un cochino embustero! ¡No entiendes nada de juguetes, y cada vez que nos veíamos me soltabas un rollo tremendo sobre los trenes eléctricos, las muñecas que lloran, caminan, hacen pis...! ¡Y no entiendes nada de nada de juguetes! ¡Cuando me dejen salir de esta cama te... te voy a... a...! ¡Embustero!

—Eh, un momento... ¡De eso, nada! Yo, de muñecas entiendo más que nadie... Y por si lo dudas, te lo voy a demostrar... Vas a verlo enseguida... ¿Ves a la agente Kenyon?

—¡Sí!

—Pues observa... A ver, usted, agente Kenyon: venga acá, écheme los bracitos al cuello, deme un beso de los buenos, y diga: *te amo, Nat.*

Grace Kenyon puso cara de hipnotizada, sonrió, y comenzó a acercarse a Nat Mac Leod, caminando como si fuese una muñeca mecanizada. Llegó ante él, le rodeó el cuello con sus bracitos, y le besó en la boca, con tal entusiasmo que comenzaron a pasar semanas, meses, años, siglos, milenios...

—¡Que ya está bien! —gritó Robert Mac Leod.

Nat le miró, como si regresase de otro mundo.

—¿Decías algo, papá?

—¡Fuera de aquí! ¡Largo!

—Pues todavía vamos a estar unos cuantos días, hasta que te den el empleo de capitán del P.
D. Casados,
claro, porque la luna de miel en Miami es estupenda. Luego, me llevo a Grace como secretaria privadísima… ¡Es tan obediente! Por cierto, no ha dicho…

—*Te amo, Nat* —dijo Grace Kenyon.

—Ah, bueno. —Nat Mac Leod le guiñó un ojo a su padre—. Como ves, soy un genio programando muñecas. Y a ésta, no me la rompe nadie…, o se van a enterar de quién es Nat Mac Leod.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…